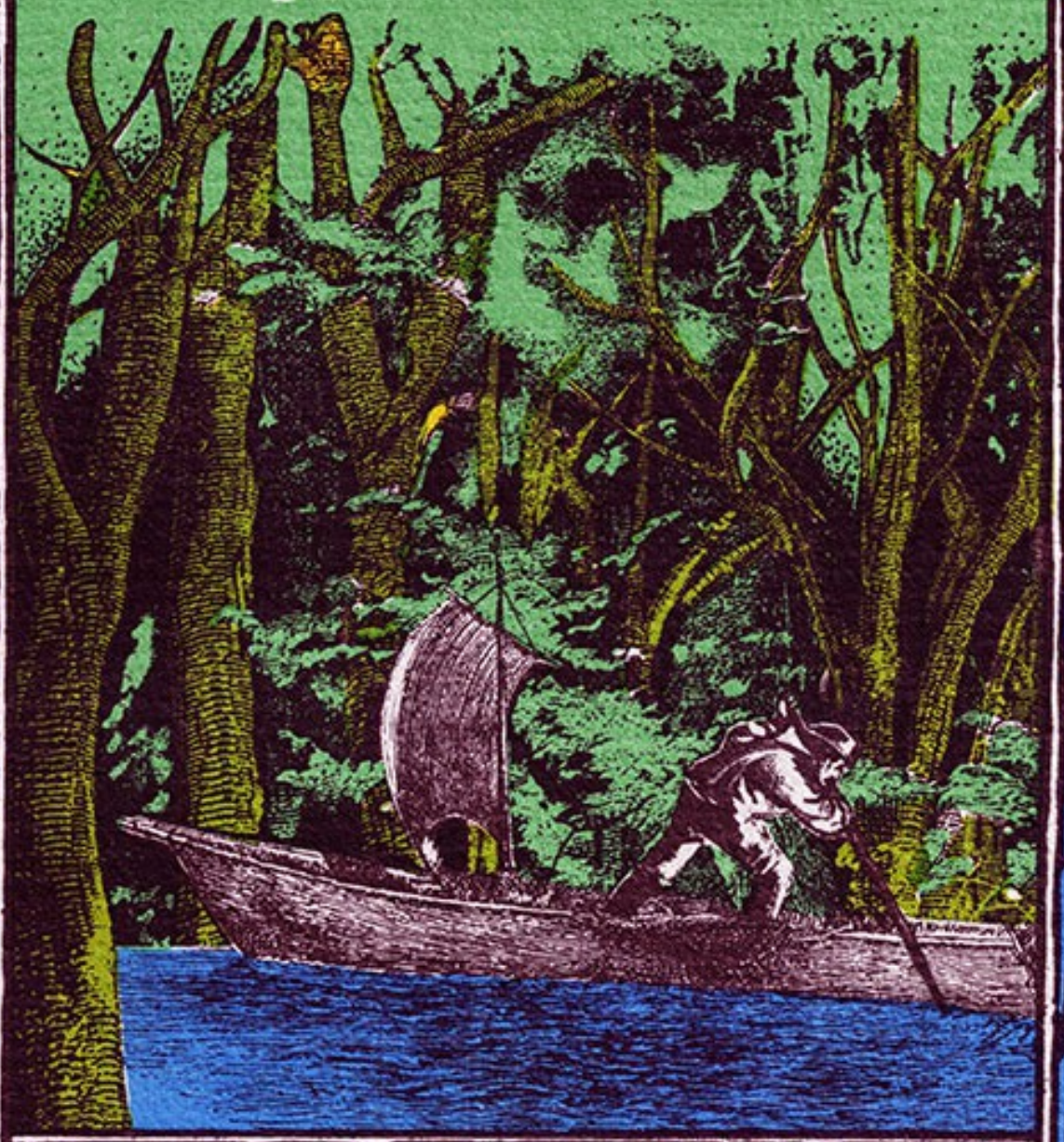
LORD DUNSANY

El país del Yann



La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas

dirigida por Jorge Luis Borges

En nuestro siglo de notorios escritores comprometidos o de conspiradores que ansiosamente buscan su cenáculo, y quieren ser los ídolos de una secta, es insólita la aparición de un Lord Dunsany, que tuvo mucho de juglar y que se entregó con tanta felicidad a los sueños. No se evadió de las circunstancias. Fue un hombre de acción y un soldado pero, ante todo, fue el hacedor de un arrebatado universo, de un reino personal, que fue para él la sustancia íntima de su vida.

Jorge Luis Borges

Lord Dunsany

El país de Yann

La Biblioteca de Babel - 27

ePub r1.0
orhi 10.11.14

Título original: *El país de Yann*
Lord Dunsany, 1908
Traducción: Jorge Luis Borges & Francisco Torres Oliver
Una noche en una taberna ha sido Traducido por Jorge Luis Borges y *El bureau d'Échange de Maux* por Francisco Torres Oliver.
Para el resto, se ha utilizado la traducción anónima (atribuida por el actual Lord Dunsany a Padraic Colum) aparecida en Revista de Occidente, Madrid, 1924

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

Prólogo

La literatura, nos dicen, empieza por cosmogonías y mitos; Edward John Moreton Drax Plunkett, Lord Dunsany, ensayó con felicidad ambos géneros en The gods of Pegana(1905) *y* Time and the Gods *(1906).*

Se ha comparado la cosmogonía de Dunsany con la de William Blake, anterior en un siglo.

Hay una diferencia esencial: la de Blake corresponde a una renovación total de la ética, que procede de Swedenborg y que Nietzsche prolongará; la de Lord Dunsany, a un libre y gozoso juego de la imaginación. Lo mismo cabe decir de los otros textos que integran su vasta obra.

Es extraordinario que nuestro tiempo, tan generoso de sonora publicidad, insista en ignorar a Lord Dunsany. Los diccionarios biográficos y las historias de la literatura lo omiten; no sin trabajo hemos reunido las siguientes noticias. Lord Dunsany nació en 1878 en el condado de Meath, no lejos de Dublín. Y murió, como todo irlandés que se respeta, en Inglaterra en 1957. A los doce años heredó el título de barón. Fue soldado: militó en Sudáfrica y en la Primera Guerra Mundial; fue cazador de leones: ese censurable hábito le inspiró las pocas páginas autobiográficas de su obra. Fue un diestro ajedrecista y ha dejado muchos problemas de ajedrez. Fue un buen jugador de cricket. Escribió poemas intensos y epigramáticos. Jamás condescendió a la polémica, toda su obra tiene su raíz en los sueños. Matthiew Arnold, en 1867, había declarado que lo esencial de la literatura

celta es el sentimiento mágico de la naturaleza; la obra de Dunsany confirmaría espléndidamente esa aseveración. En 1921 manifestó: «No escribo nunca sobre las cosas que he visto; escribo sobre las que he soñado».

Acaso sin saberlo o sin proponérselo todo escritor deja dos obras. Una, la suma de sus textos escritos o, tal vez, el más vivido; otra, la imagen que del hombre se forman los demás. En el caso de Dunsany la figura de un aristócrata afortunado y verosímilmente frívolo ha borrado centenares de buenas páginas.

Este caballero alto y delgado, buen conversador y cordial, fue amigo de Kipling, de Moore y de Yeats. Por una indiscreción de Pedro Henríquez Ureña, que lo trató en los Estados Unidos, donde se había resignado a dar conferencias, sabemos de su conmovedora necesidad de ser admirado.

Schopenhauer pensaba, como los místicos, que la vida es fundamentalmente onírica; todos los cuentos de Lord Dunsany son los de un soñador. En donde suben y bajan las mareas *el sueño es una pesadilla; empieza el día de hoy en Londres y se proyecta, agigantándose, en siglos de soledad y de fango.*

Sucesivas y casi infinitas generaciones heredan un solo hecho atroz. También son plurales las generaciones de La espada y el ídolo, *pero la fábula corresponde a un antiguo ayer y no a un impreciso mañana. La protagonista es una espada de hierro. El mecanismo de infinitas postergaciones de* Carcasona *prefigura a Kafka; su ámbito medieval, en cambio, corresponde a las hermosas osadías y riesgos del ciclo de Bretaña. Puede leerse, asimismo, como alegórico del destino del hombre y, terminada su lectura, sentimos como nuestra la desolación y la inutilidad de la vasta empresa. En* Días de ocio en el país *del Yann las maravillas se acumulan y se sobrepasan. La historia fluye como el río que navegan los héroes y el canto del timonel va ritmando los días y las noches de ese tiempo íntimo, que está fuera del tiempo. En* El

campo *el movimiento es inverso; se pasa de una felicidad a la sombra y a la proyección de algo terrible. El tema secreto de* Los mendigos *es el inesperado descubrimiento de la belleza en una gran ciudad; nada más diremos para no echar a perder la sorpresa de esta curiosa fábula.*

El ambiente de todas estas piezas es de antigua y fresca leyenda o de cuento de hadas; ello ciertamente no ocurre con las dos últimas de esta serie. En las otras todo es maravilloso y el pájaro que canta, el inocente arroyo silencioso y el oscuro vino que resplandece en la copa de plata, no son menos mágicos que la espada o el talismán. Ahora, en El Bureau d'Échange de Maux, *lo sobrenatural está en un solo hecho, que es o parece consecuencia de cotidianas rutinas. Una noche en una taberna es una breve pieza dramática, el ambiente es vulgar y deliberadamente plebeyo; lo fantástico se reserva para los minutos finales e irrumpe con horror cuando nadie, ni los protagonistas ni el auditorio, podían prever la catástrofe.*

En nuestro siglo de notorios escritores comprometidos o de conspiradores que ansiosamente buscan su cenáculo, y quieren ser los ídolos de una secta, es insólita la aparición de un Lord Dunsany, que tuvo mucho de juglar y que se entregó con tanta felicidad a los sueños. No se evadió de las circunstancias. Fue un hombre de acción y un soldado pero, ante todo, fue el hacedor de un arrebatado universo, de un reino personal, que fue para él la sustancia íntima de su vida.

Jorge Luis Borges

En donde suben y bajan las mareas

Soñé que había hecho una cosa horrible, tan horrible, que se me negó sepultura en tierra y en mar, y ni siquiera había infierno para mí. Esperé algunas horas con esta certidumbre. Entonces vinieron por mí mis amigos, y secretamente me asesinaron, y con antiguo rito y entre grandes hachones encendidos, me sacaron.

Esto acontecía en Londres, y furtivamente, en el silencio de la noche, me llevaron a lo largo de calles grises y por entre míseras casas hasta el río. Y el río y el flujo del mar pugnaban entre bancos de cieno, y ambos estaban negros y llenos de los reflejos de las luces. Una súbita sorpresa asomó a sus ojos cuando se les acercaron mis amigos con sus hachas fulgurantes. Y yo lo veía, muerto y rígido, porque mi alma aún estaba entre mis huesos, porque no había infierno para ella, porque se me había negado sepultura cristiana.

Bajáronme por una escalera cubierta de musgo resbaladizo y viscosidades, y así descendí, poco a poco, al terrible fango. Allí, en el territorio de las cosas abandonadas, excavaron una somera fosa. Después me depositaron en la tumba, y de repente arrojaron las antorchas al río. Y cuando el agua extinguió el fulgor de las teas, viéronse, pálidas y pequeñas, sobrenadar en la marea; y al punto se desvaneció el resplandor de la calamidad, y advertí que se aproximaba la enorme aurora; mis amigos cubriéronse los rostros con sus capas, y la solemne procesión se dispersó, y mis amigos fugitivos desaparecieron calladamente.

Entonces volvió el fango cansadamente y lo cubrió todo, menos mi cara. Allí yacía solo, con las cosas olvidadas, con las cosas amontonadas que las mareas no llevarán más adelante, con las cosas inútiles y perdidas, con los ladrillos horribles, que no son tierra ni piedra. Nada sentía, porque me habían asesinado, mas la percepción y el pensamiento estaban en mi alma desdichada. La aurora se abría, y vi las desoladas viviendas amontonadas en la margen del río, y en mis ojos muertos penetraban sus ventanas muertas, tras las cuales había fardos en vez de ojos humanos. Y tanto hastío sentí al mirar aquellas cosas abandonadas, que quise llorar, mas no pude, porque estaba muerto. Supe entonces lo que jamás había sabido: que durante muchos años aquel rebaño de casas desoladas había querido llorar también; mas, por estar muertas, estaban mudas. Y supe que también las cosas olvidadas hubiesen llorado, pero no tenían ojos ni vida. Y yo también intenté llorar, pero no había lágrimas en mis ojos muertos. Y supe que el río podía habernos cuidado, podía habernos acariciado, podía habernos cantado; mas él seguía corriendo, sin pensar más que en los barcos maravillosos.

Por fin, la marea hizo lo que no hizo el río, y vino y me cubrió, y mi alma halló reposo en el agua verde, y se regocijó, e imaginó que tenía la sepultura del mar.

Mas con el reflujo descendió el agua otra vez, y otra vez me dejó solo con el fango insensible, con las cosas olvidadas, ahora dispersas, y con el paisaje de las desoladas casas, y con la certidumbre de que todos estábamos muertos.

En el renegrido muro que tenía detrás, tapizado de verdes algas, despojo del mar, aparecieron oscuros túneles y secretas galerías tortuosas que estaban dormidas y obstruidas. De ellas bajaron al cabo furtivas ratas a roerme, y mi alma se regocijó creyendo que al fin se vería libre de los malditos huesos a los que se había negado entierro. Pero al punto se apartaron las ratas breve trecho y

cuchichearon entre sí. No volvieron más. Cuando descubrí que hasta las ratas me execraban, intenté llorar de nuevo.

Entonces, la marea vino retirándose, y cubrió el espantoso fango, y ocultó las desoladas casas, y acarició las cosas olvidadas, y mi alma reposó por un momento en la sepultura del mar. Luego me abandonó otra vez la marea.

Y sobre mí pasó durante muchos años arriba y abajo. Un día me encontró el Consejo del Condado y me dio sepultura decorosa. Era la primera tumba en que dormía. Pero aquella misma noche mis amigos vinieron por mí, y me exhumaron y me llevaron de nuevo al hoyo somero del fango.

Una y otra vez hallaron mis huesos sepultura a través de los años; pero siempre, al fin del funeral, acechaba uno de aquellos hombres terribles, quienes, no bien caía la noche, venían, me sacaban y me volvían nuevamente al hoyo del fango.

Por fin, un día murió el último de aquellos hombres que hicieron un tiempo la terrible ceremonia conmigo. Oí pasar su alma por el río al ponerse el sol.

Y esperé de nuevo.

Pocas semanas después me encontraron otra vez, y otra vez me sacaron de aquel lugar en que no hallaba reposo, y me dieron profunda sepultura en sagrado, donde mi alma esperaba descanso.

Y al punto vinieron hombres embozados en capas y con hachones encendidos para volverme al fango, porque la ceremonia había llegado a ser tradicional y de rito. Y todas las cosas abandonadas se mofaron de mí en sus muchos corazones cuando me vieron volver, porque estaban celosas de que hubiese dejado el fango. Debe recordarse que yo no podía llorar.

Y corrían los años hacia el mar adonde van las negras barcas, y las grandes centurias abandonadas se perdían en el mar, y allí permanecía yo sin motivo por miedo a la terrible envidia y a la cólera de las cosas que ya no podían navegar.

Una vez se desató una gran borrasca que llegó hasta Londres y que venía del mar del Sur; y vino retorciéndose río arriba empujada por el viento furioso del Este. Y era más poderosa que las espantosas mareas, y pasó a grandes saltos sobre el fango movedizo. Y todas las tristes cosas olvidadas se regocijaron y mezcláronse con cosas que estaban más altas que ellas, y pulularon otra vez entre los señoriles barcos que se balanceaban arriba y abajo. Y sacó mis huesos de su horrible morada para no volver nunca más, esperaba yo, a sufrir la injuria de las mareas. Y con la bajamar cabalgó río abajo, y dobló hacia el Sur, y tomóse a su morada. Y repartió mis huesos por las islas y por las costas de felices y extraños continentes. Y por un momento, mientras estuvieron separados, mi alma creyóse casi libre.

Luego se levantó, al mandato de la Luna, el asiduo flujo de la marea, y deshizo en un punto el trabajo del reflujo, y recogió mis huesos de las riberas de las islas de sol, y los rebuscó por las costas de los continentes, y fluyó hacia el Norte hasta que llegó a la boca del Támesis, y allí volvió a Occidente su faz implacable, y subió por el río y encontró el hoyo en el fango, y en él dejó caer mis huesos; y el fango cubrió algunos y dejó otros al descubierto, porque el fango no cuida de las cosas abandonadas.

Llegó el reflujo, y vi los ojos muertos de las casas y la envidia de las otras cosas olvidadas que no había removido la tempestad.

Y transcurrieron algunas centurias más sobre el flujo y el reflujo y sobre la soledad de las cosas olvidadas. Y allí permanecía, en la indiferente prisión del fango, jamás cubierto por completo ni jamás libre, y ansiaba la gran caricia cálida de la tierra o el dulce regazo del mar.

A veces encontraban los hombres mis huesos y los enterraban; pero nunca moría la tradición, y siempre me volvían al fango los sucesores de mis amigos. Al fin dejaron de pasar los barcos y fueron apagándose las luces; ya no flotaron más río abajo las tablas de

madera, y en cambio llegaron viejos árboles descuajados por el viento, en su natural simplicidad.

Al cabo percibí que por dondequiera a mi lado se movía una brizna de hierba, y el musgo crecía en los muros de las casas muertas. Un día, una rama de cardo silvestre pasó río abajo.

Por algunos años espié atentamente aquellas señales, hasta que me cercioré de que Londres desaparecía. Entonces perdí una vez más la esperanza, y en toda la orilla del río reinaba la ira entre las cosas perdidas, pues nada se atrevía a esperar en el fango abandonado. Poco a poco se desmoronaron las horribles casas, hasta que las pobres cosas muertas que jamás tuvieron vida encontraron sepultura decorosa entre las plantas y el musgo. Al fin apareció la flor del espino y la clemátide. Y sobre los diques que habían sido muelles y almacenes se irguió al fin la rosa silvestre.

Entonces supe que la causa de la Naturaleza había triunfado y que Londres había desaparecido.

El último hombre de Londres vino al muro del río, embozado en una antigua capa, que era una de aquellas que en un tiempo usaron mis amigos, y se asomó al pretil para asegurarse de que yo estaba quieto allí; se marchó y no le volví a ver: había desaparecido a la par que Londres.

Pocos días después de haberse ido el último hombre entraron las aves en Londres, todas las aves que cantan. Cuando me vieron, me miraron con recelo, se apartaron un poco y hablaron entre sí.

—Sólo pecó contra el Hombre —dijeron.

—No es cuestión nuestra.

—Seamos buenas con él —dijeron.

Entonces se me acercaron y empezaron a cantar. Era la hora del amanecer, y en las dos orillas del río, y en el cielo, y en las espesuras que un tiempo fueron calles, cantaban centenares de pájaros. A medida que el día adelantaba, arreciaban en su canto los pájaros; sus bandas espesábanse en el aire, sobre mi cabeza, hasta

que se reunieron miles de ellos cantando, y después millones, y, por último, no pude ver sino un ejército de alas batientes, con la luz del sol sobre ellas, y breves claros de cielo. Entonces, cuando nada se oía en Londres más que las miríadas de notas del canto alborozado, mi alma se desprendió de mis huesos en el hoyo de fango y comenzó a trepar sobre el canto hacia el cielo. Y pareció que se abría entre las alas de los pájaros un sendero que subía y subía, y a su término se entreabría una estrecha puerta del Paraíso. Y entonces conocí por una señal que el fango no había de recibirme más, porque de repente me encontré que podía llorar.

En este instante abrí los ojos en la cama de una casa de Londres, y fuera, a la luz radiante de la mañana, trinaban unos gorriones sobre un árbol; y aún había lágrimas en mi rostro, pues la represión propia se debilita en el sueño. Me levanté y abrí de par en par la ventana, y extendiendo mis manos sobre el jardincillo, bendije a los pájaros, cuyos cantos me habían arrancado a los turbulentos y espantosos siglos de mi sueño.

La espada y el ídolo

Era un frío y lento atardecer de invierno en la Edad de Piedra; el Sol se había puesto, llameante, sobre los llanos de Thold; ni una nube en el cielo; sólo el gélido azul y la inminencia de las estrellas; la superficie de la dormida Tierra comenzaba a endurecerse con el frío de la noche. En aquel momento removiéronse en sus cubiles, se sacudieron y salieron furtivamente esos hijos de la Tierra para quienes es ley que salgan a vagar tan pronto como cae la sombra. Caminaban por la llanura pisando tácitamente, sus ojos relucían en la oscuridad y cruzábanse una y otra vez en sus carreras. De pronto manifestóse en la niebla de la llanura ese espantoso portento de la presencia del hombre: un pequeño fuego vacilante. Y los hijos de la Tierra que rondan por la noche miráronle de soslayo, gruñeron y se alejaron temerosos; todos, menos los lobos, que se acercaron, porque era invierno y los lobos estaban hambrientos, y habían venido a miles de las montañas. Somos fuertes —se decían en sus corazones.

En torno del fuego acampaba una pequeña tribu. También ellos habían venido de las montañas y de tierras aún más lejanas, pero fue en las montañas donde primero los ventearon los lobos; éstos al principio royeron los huesos que la tribu había arrojado, pero ahora rodeábanlos de cerca y por todas partes.

Era Loz quien había encendido el fuego. Había matado a un animalillo de peluda piel, tirándole su hacha de piedra, y había juntado buen número de piedras de un color rojo pardo, y habíalas colocado en larga hilera, y sobre ellas trozos del animalillo. Luego

prendió fuego a cada lado, se calentaron las piedras y los pedazos empezaron a asarse. Fue entonces cuando advirtió la tribu que los lobos que les habían seguido desde tan lejos no gustaban de las sobras de los campamentos abandonados. Una línea de ojos amarillos los rodeaba, que cuando se movía era para acercarse más. Entonces, los hombres de la tribu se apresuraron a cortar ramas, y abatieron un arbolillo con sus hachas de sílex, y todo lo amontonaron sobre la hoguera que había hecho Loz; y durante algún tiempo el monte de leña ocultó la llama; y los lobos, trotando, vinieron y sentáronse de nuevo sobre sus ancas, más cerca que antes; y los fieros y valientes perros de la tribu creyeron que su fin había de llegar en la lucha, según habían profetizado mucho antes. Entonces prendió la llama el alto haz, y elevóse y corrió en derredor, y brilló altanera muy sobre su cima; y los lobos, que vieron revelarse en toda su fuerza a este aliado del hombre y nada sabían de sus frecuentes traiciones a su amo, se alejaron pausadamente, como madurando otros designios. Y todo el resto de la noche ladráronles los perros del campamento, incitándolos a que volvieran. Pero la tribu se acostó en torno al fuego, bajo espesas pieles, y durmió. Y un gran viento se levantó y sopló en el rugiente corazón del fuego, hasta que desapareció el rojo y se puso pálido con calor.

Al alba despertó la tribu.

Loz debía haber comprendido que después de tan poderosa conflagración nada podía quedar de su animalillo peludo, pero tenía hambre y poca razón cuando buscaba entre las cenizas. Lo que encontró allí le maravilló en alto grado: no había carne, ni siquiera quedaba la hilera de las piedras color rojo, sino algo más largo que la pierna de un hombre y más estrecho que su mano estaba allí tendido como un gran ofidio aplastado. Cuando Loz miró sus delgados bordes y vio que terminaba en punta, cogió piedras para partirlo y aguzarlo. Era el instinto de Loz para afilar las cosas.

Cuando advirtió que no podía quebrarlo, aumentó su pasmo. Muchas horas pasaron antes de descubrir que podía afilar sus bordes frotándolos con una piedra, mas por fin la punta estuvo aguzada y todo un lado, salvo junto al extremo por el que Loz lo asía con su mano. Loz lo alzó y lo blandió, y la Edad de Piedra había pasado. Aquella tarde, cuando la tribu abandonó el pequeño campamento, pasó la Edad de Piedra, que, tal vez durante treinta o cuarenta mil años, había, poco a poco, elevado al hombre entre los animales y concediole la supremacía, sin esperanza alguna de reconquista.

No pasaron muchos días sin que algún otro hombre intentase hacer por sí mismo una espada de hierro, asando la misma especie de animalillo peludo que Loz había tratado de asar. No pasaron muchos años sin que alguno pensara en poner la carne entre las piedras, como había hecho Loz; y cuando lo hicieron otros, que no estaban ya en las llanuras de Thold, emplearon pedernales o caliza. No pasaron muchas generaciones sin que otro pedazo de mineral de hierro fuese fundido, y el secreto poco a poco adivinado. Sin embargo, uno de los muchos velos de la Tierra fue rasgado por Loz para darnos al fin la espada de acero y el arado, las máquinas y las factorías. No reprochemos a Loz si pensamos que hizo mal, porque lo hizo todo con ignorancia.

La tribu prosiguió hasta que llegó al agua, allí acampó al pie de un monte y edificó sus chozas. Muy pronto hubieron de combatir con otra tribu, una tribu más fuerte que la suya; mas la espada de Loz era terrible, y su tribu mató a sus enemigos. Podríais golpear a Loz, pero entonces vendría una embestida de aquella espada de hierro, a la que no había medio de sobrevivir. Nadie podía luchar con Loz. Llegó a ser el regidor de la tribu en lugar de Iz, que hasta entonces la había regido con su afilada hacha, como hiciera su padre antes que él.

Loz engendró a Lo, y ya en su ancianidad le dió su espada, y Lo rigió a la tribu con ella. Y Lo dió a la espada el nombre de Muerte, por lo rápida y terrible que era.

Iz engendró a Ird, que no tuvo autoridad. Ird odiaba a Lo, porque no tenía autoridad por razón de la espada de hierro de Lo.

Una noche Ird se deslizó con paso tácito hacia la choza de Lo llevando su afilada hacha; pero *Avisador*, el perro de Lo, sintióle llegar, y gruño suavemente en la puerta de su amo.

Cuando Ird llegó a la choza oyó a Lo, que hablaba cariñosamente a su espada. Y Lo decía: "Descansa, tranquila, Muerte. Reposa, reposa, vieja espada." Y luego: "¿Qué hay, Muerte? Quieta, estáte quieta."

Y luego dijo: "Qué, Muerte, ¿tienes hambre? ¿O sed, pobre espada vieja? Pronto, Muerte, pronto. Espera un poco."

Pero Ird huyó, porque no le gustaba el suave tono de Lo cuando hablaba a su espada.

Lo engendró a Lod. Y cuando murió Lo, tomó Lod la espada de hierro y rigió a la tribu.

E Ird engendró a Ith, que, como su padre, no tuvo autoridad.

Y cuando Lod había matado a un hombre o a un feroz animal, alejábase Ith por la selva para no oír las alabanzas que se dedicaban a Lod.

Estaba Ith una vez sentado en el bosque, esperando que pasara el día, cuando de repente creyó ver que el tronco de un árbol le miraba como si tuviese cara. Espantóse Ith, porque los árboles no deben mirar a los hombres. Mas pronto vio Ith que era un árbol y no un hombre, aunque parecía un hombre. Ith acostumbraba a hablar a este árbol y contarle cosas de Lod, porque no osaba hablar de él con nadie más. E Ith se consolaba charlando de Lod.

Un día fue Ith con su hacha de piedra al bosque y allí permaneció muchos días.

Una noche volvió, y cuando a la mañana siguiente despertó la tribu, vió algo que era como un hombre y que, sin embargo, no era un hombre. Estaba sentado en el monte con los codos hacia fuera e inmóvil. Ith postrábase y apresuradamente depositaba delante de él frutos y carne, y en seguida se apartaba de un salto con muestras de gran terror. En aquel momento salió a verlo toda la tribu, pero no osaban acercarse por el espanto que veían en el rostro de Ith. Ith fuese a su choza, y volvió de nuevo con una punta de lanza y valiosos cuchillos de piedra; llegó al sitio y los colocó delante de la cosa que era como un hombre, y en seguida retrocedió saltando.

Y algunos de la tribu le preguntaron acerca de aquella cosa inmóvil que era como un hombre. Es Dios —les dijo Ith.

—¿Quién es Dios? —preguntaron ellos.

—Dios nos envía las cosechas y la lluvia, el sol y la luna son Dios —dijo Ith.

Entonces la tribu se retiró a las chozas; pero más tarde volvió alguno y dijo a Ith: —Dios es uno como nosotros, puesto que tiene manos y pies. Y señaló Ith a la mano derecha del dios, que no era igual que la izquierda, sino que figuraba la garra de un animal, y dijo:

—Por esto podéis conocer que no es como un hombre.

—Es verdaderamente Dios —dijeron ellos.

—No habla, no prueba comida —dijo Lod.

—El trueno es su voz y su comida el hombre —respondió Ith.

Después de esto, la tribu imitó a Ith y trajo pequeñas dádivas de carne al dios; y las asó Ith allí mismo para que el dios pudiera oler el asado.

Un día una gran tormenta vino retumbando de lejos y rugió entre los montes, y todos los de la tribu se escondieron en sus chozas. E Ith apareció entre las chozas sin mostrar temor alguno. Y aunque Ith apenas dijo nada, pensó la tribu que él había esperado la

terrible tormenta porque la carne que había puesto delante del dios era dura y no de las mejores partes de la res que habían matado.

Y Dios cobró más prestigio en la tribu que Lod. Y Lod fue menospreciado.

Una noche levantóse Lod cuando todos dormían, y acallando a su perro tomó su espada de hierro y salió al monte. Y llegó hasta el dios que estaba sentado inmóvil a la luz de las estrellas, con sus codos hacia fuera y su garra de fiera, y en el suelo la señal del fuego en que se había guisado su alimento.

Y Lod permaneció allí un rato lleno de pavor, esperando realizar sus propósitos. De pronto avanzó hacia el dios y enarboló su espada de hierro, y el dios ni le hirió ni se encogió.

Entonces un pensamiento asaltó a Lod: "Dios no hiere. ¿Qué hace Dios, entonces?"

Abatió Lod su espada y no le acometió, y su imaginación empezó a trabajar sobre esto: "¿Qué hace Dios, entonces?"

Y cuanto más pensaba Lod, mayor era su miedo al dios.

Y Lod echó a correr y se alejó de él.

Aún mandaba Lod a la tribu en la batalla y en la caza, pero los mejores despojos del combate eran llevados al dios, y los animales que mataban eran para el dios. Y las cosas concernientes a la guerra o a la paz, y las cosas de leyes y querellas, eran siempre llevadas al dios, y daba las respuestas Ith después de hablar al dios por la noche.

Por fin dijo Ith, al día siguiente de un eclipse, que los presentes que se ofrecían al dios no eran bastantes, que se requería un sacrificio mucho más grande, que el dios estaba muy encolerizado aún y que no podía aplacársele con un sacrificio ordinario.

Y dijo Ith que para salvar a la tribu de la cólera del dios, él le hablaría aquella noche y le preguntaría qué nuevo sacrificio exigía.

Estremecióse profundamente el corazón de Lod, porque decíale su instinto que lo que el dios apetecía era el hijo único de Lod, que debía tener la espada de hierro cuando Lod muriera.

Nadie osaba tocar a Lod por miedo a su espada de hierro; pero su instinto decíale en su torpe espíritu una y otra vez: “Dios ama a Ith. Ith lo ha dicho. Ith aborrece a los que tienen espada.”

“Ith aborrece a los que tienen espada. Dios ama a Ith.”

Cayó la tarde y llegó la noche en que Ith debía hablar a Dios, y Lod cada vez estaba más cierto de la condena de su raza.

Tendióse, mas no pudo dormir.

No había pasado medianoche, cuando Lod se levantó, y con su espada de hierro salió de nuevo al monte.

Y allí estaba sentado el dios. ¿Había estado ya Ith, Ith a quien Dios amaba, el que aborrecía a los que tenían espada?

Y por largo tiempo contempló Lod la vieja espada de hierro que le había venido de su abuelo en las llanuras de Thold.

¡Adiós, vieja espada! Y Lod depositóla sobre las rodillas del dios, y se alejó.

Ycuando tornó Lod, poco antes del alba, el sacrificio había sido aceptado por el dios.

Carcasona

En una carta de un amigo a quien nunca he visto, uno de los que leen mis libros, aparecía citada esta línea: "En cuanto a él, nunca vino a Carcasona." Ignoro el origen de la línea, pero he hecho este cuento sobre ella.

Cuando Camorak reinaba en Arn, y el mundo era más hermoso, dio una fiesta a todo el Bosque para conmemorar el esplendor de su juventud.

Dicen que su casa en Arn era inmensa y elevada, y su techo estaba pintado de azul; y cuando caía la tarde, los hombres se subían por escaleras y encendían los centenares de velas que colgaban de sutiles cadenas. Y dicen también que a veces venía una nube y se filtraba por lo alto de una de las ventanas circulares, y venía sobre el ángulo del edificio, como la bruma del mar viene sobre el borde agudo de un acantilado, donde un antiguo viento ha soplado siempre y siempre (ha arrastrado miles de hojas y miles de centurias; unas y otras son lo mismo para él; no debe vasallaje al Tiempo). Y la nube tomaba nueva forma en la alta bóveda de la sala, y avanzaba lentamente por ella, y salía de nuevo al cielo por otra ventana. Y, según su forma, los caballeros, en la sala de Camorak, profetizaban las batallas y los sitios y la próxima temporada de guerra. Dicen de la sala de Camorak en Arn que no ha habido otra como ella en tierra alguna, y predicen que nunca la habrá.

Allí había venido el pueblo del Bosque desde majadas y selvas, revolviendo tardos pensamientos de comida y albergue y amor, y se sentaban maravillados en aquella famosa sala; en ella estaban también sentados los hombres de Arn, la ciudad que se agrupaba en tomo a la alta casa del rey, y tenía todos los techos cubiertos con la tierra roja, maternal.

Si puede prestarse fe a los viejos cantos, era una sala maravillosa. Muchos de los que estaban allí sentados la habrían visto sólo desde lejos, una forma clara en el paisaje, algo menor que una montaña. Ahora contemplaban a lo largo del muro las armas de los hombres de Camorak, sobre las cuales habían ya hecho cantos los tañedores de laúd. En ellos describían el escudo de Camorak, que se había agitado en tantas batallas, y los filos agudos, pero mellados, de su espada; allí estaban las armas de Gadriol el Leal, y Norn, y Athoric, de la Espada de Granizo; Heriel el Salvaje, Yarold y Thanga de Esk; sus armas colgaban igualmente todo a lo largo de la sala, a una altura que un hombre pudiera alcanzarlas; y en el sitio de honor en el medio, entre las armas de Camorak y de Gadriol el Leal, colgaba el arpa de Arleón. Y de todas las armas que colgaban en aquellos muros, ningunas fueron más funestas a los enemigos de Camorak que lo fue el arpa de Arleón. Porque para un hombre que marchaba a pie contra una plaza fuerte es agradable ciertamente el chirrido y el traqueteo de alguna temerosa máquina de guerra que sus compañeros de armas están manejando detrás, de la cual pasan suspirando sobre su cabeza pesadas rocas que van a caer entre los enemigos; y agradables son para un guerrero en el agitado combate las rápidas órdenes de sus compañeros, súbitamente exaltados en una de las alternativas de la guerra. Todo esto y más era el arpa para los hombres de Camorak, porque no sólo excitaba a sus guerreros, sino que muchas veces Arleón del Arpa hubo de producir un espanto salvaje entre las huestes contrarias clamando súbitamente una profecía

arrebatada, mientras sus manos recorrían las rugientes cuerdas. Además, nunca fue declarada guerra alguna hasta que Camorak y sus hombres hubiesen escuchado largamente el arpa y estuviesen exaltados con la música y locos contra la paz. Una vez, Arleón, con motivo de una rima, había movido guerra a Estabonn; y un mal rey fue derribado, y se ganó honor y gloria; por tan singulares motivos se acrecienta a veces el bien.

Por encima de los escudos y las arpas, todo alrededor de la sala, estaban las pintadas figuras de fabulosos héroes de cantos célebres. Demasiado triviales, porque demasiado sobrepujadas por los hombres de Camorak, parecían todas las victorias que la tierra había conocido; ni siquiera se había desplegado algún trofeo de las setenta batallas de Camorak, porque estas batallas nada eran para sus guerreros o para él en comparación con aquellas cosas que en su juventud habían soñado y que vigorosamente se proponían aún hacer. Por encima de las pintadas figuras había la oscuridad, porque la tarde se iba cerrando y las velas que colgaban de las ligeras cadenas aún no estaban encendidas en el techo; era como si un pedazo de la noche hubiese sido incrustado en el edificio cual una enorme roca que asoma en una casa. Y allí estaban sentados todos los guerreros de Arn y el pueblo del Bosque admirándolos; y ninguno tenía más de treinta años, y todos fueron muertos en la guerra. Y Camorak estaba sentado a la cabeza de todos, exultante de juventud. Tenemos que luchar con el tiempo durante unas siete décadas, y es un antagonista débil y flojo en las tres primeras partidas.

Encontrábase presente en esta fiesta un adivino, uno que conocía las figuras del Hado y que se sentaba entre el pueblo del Bosque; y no tenía sitio de honor, porque Camorak y sus hombres no tenían miedo al Hado. Y cuando hubieron comido la carne y los huesos fueron echados a un lado, el rey se levantó de su asiento y,

después de beber vino, en la gloria de su juventud y con todos sus caballeros en torno suyo, llamó al adivino. Profetiza —le dijo.

Y el adivino se levantó, acariciando su barba gris, y habló cautelosamente. Hay ciertos acontecimientos —dijo— sobre los caminos del Hado, que están velados aun ante los ojos de un adivino, y otros muchos tan claros para nosotros, que estarían mejor velados para todos; muchas cosas conozco yo que mejor es no predecirlas, y algunas que no puedo predecir, so pena de centurias de castigo. Pero esto conozco y predigo: que nunca llegaréis a Carcasona.

En seguida hubo un susurro de conversaciones que hablaban de Carcasona; algunos habían oído de ella en discursos o cantos; algunos habían leído cosas de ella, y algunos habían soñado con ella. Y el rey envió a Arleón del Arpa que descendiese del sitio que ocupaba a su derecha y se mezclase con el pueblo del Bosque y oyese lo que dijeran de Carcasona. Pero los guerreros hablaban de las plazas que habían ganado, mucha fortaleza bien defendida, mucha tierra lejana, y juraban que irían a Carcasona.

Y al cabo de un momento volvió Arleón a la derecha del rey, y levantó su arpa y cantó y habló de Carcasona. Muy lejos estaba, enormemente lejos, una ciudad de murallas brillantes que se elevaban las unas sobre las otras, y azoteas de mármol detrás de las murallas, y fuentes centelleantes sobre las azoteas. A Carcasona se habían retirado primero de los hombres los reyes de los elfos con sus hadas, y la habían construido en una tarde a finales de mayo, soplando en sus cuernos de elfos. ¡Carcasona! ¡Carcasona!

Viajeros la habían visto algunas veces como un claro sueño, con el sol brillando sobre su ciudadela en la cima de una lejana montaña, y en seguida habían venido las nubes o una súbita niebla; ninguno la había visto largo rato ni se había aproximado a ella, aunque una vez hubo ciertos hombres que llegaron muy cerca, y el humo de las casas sopló sobre sus rostros, una ráfaga

repentina no más, y éstos declararon que alguien estaba allí quemando madera de cedro.

Hombres habían soñado que allí hay una hechicera que anda solitaria por los fríos patios y corredores de palacios marmóreos, terriblemente bella a pesar de sus ochenta centurias, cantando el segundo canto más antiguo, que le fue enseñado por el mar, vertiendo lágrimas de soledad por ojos que enloquecerían a ejércitos, y que, sin embargo, no llamaría junto a sí a sus dragones; Carcasona está terriblemente guardada. Algunas veces nada en un baño de mármol, por cuyas profundidades rueda un río, o permanece toda la mañana al borde secándose lentamente al sol, y contempla cómo el agitado río turba las profundidades del baño. Este río brota al través de las cavernas de la tierra más lejos de lo que ella conoce, sale a la luz en el baño de la hechicera y vuelve a penetrar por la tierra para encaminarse a su propio mar peculiar.

En otoño desciende a veces crecido y ceñudo con la nieve que la primavera ha derretido en montañas inimaginadas o pasan bellamente arbustos con flores marchitas de montaña.

Cuando ella canta, las fuentes se alzan danzando de la oscura tierra; cuando se peina sus cabellos, dicen que hay tempestades en el mar; cuando está enojada, los lobos se ponen bravos y todos descienden a sus cubiles; cuando está triste, el mar está triste, y ambos están tristes eternamente. ¡Carcasona! ¡Carcasona!

Esta ciudad es la más bella de las maravillas de la mañana; el sol rompe en alaridos cuando la contempla; por Carcasona, la tarde llora cuando la tarde muere.

Y Arleón dijo cuántos peligros divinos había en derredor de la ciudad, y cómo el camino era desconocido, y que era una aventura caballeresca. Entonces, todos los caballeros se levantaron y cantaron el esplendor de la aventura. Y Camorak juró por los dioses que habían construido a Arn y por el honor de sus guerreros que, vivo o muerto, habría de llegar a Carcasona.

Pero el adivino se levantó y salió de la sala, quitándose las migajas con sus manos y alisándose el traje según marchaba.

Hay muchas cosas que planear, y consejos que tomar, y provisiones que reunir. ¿Qué día partiremos? —dijo Camorak. Ahora —respondieron todos los guerreros gritando. Y Camorak sonrió, porque sólo había querido probarlos. De los muros tomaron entonces sus armas Sikorix, Kelleron, Aslof, Wole, el del Hacha; Huhenoth, el Quebrantador de la Paz; Wolwuf, Padre de la Guerra; Tación, Lurth, el del Grito de Guerra, y otros muchos.

Poco se imaginaban las arañas que estaban sentadas en aquella sala ruidosa el solaz ininterrumpido que iban pronto a disfrutar.

Cuando se hubieron armado, se formaron todos y salieron de la sala, y Arleón iba delante de ellos a caballo cantando a Carcasona.

Pero el pueblo del Bosque levantóse y volvió bien alimentado a sus establos. Ellos no tenían necesidad de guerras o de raros peligros. Ellos estaban siempre en guerra con el hambre. Una larga sequía o un invierno duro eran para ellos batallas campales; si los lobos entraban en un redil, era como la pérdida de una fortaleza; una tormenta en la época de la siega era como una emboscada. Bien alimentados, volvieron lentamente a sus establos, en tregua con el hambre; y la noche se llenó de estrellas.

Y negros sobre el cielo estrellado aparecían los redondos yelmos de los guerreros según pasaban las cimas de los montes, pero en los valles centelleaban aquí y allí, según luz estelar caía sobre el acero.

Seguían detrás de Arleón, que marchaba hacia el Sur, de donde siempre habían venido rumores de Carcasona; así marchaban a la luz de las estrellas, y él delante de todos cantando.

Cuando hubieron marchado tan lejos que no oían ningún ruido de Arn, y que hasta el sonido de sus volteantes campanas se había apagado; cuando las velas que ardían allá arriba en las torres no les enviaban ya su desconsolada despedida; en medio de la noche

aplaciente que arrulla los rurales espacios, el cansancio vino sobre Arleón y su inspiración decayó. Decayó lentamente. Poco a poco fue estando menos seguro del camino a Carcasona. Unos momentos se detenía a pensar, y recordaba el camino de nuevo; pero su clara certeza había desaparecido, y en su lugar ocupaban su mente esfuerzos por recordar viejas profecías y cantos de pastores que hablaban de la maravillosa ciudad. Entonces, cuando se decía a sí mismo cuidadosamente un canto que un vagabundo había aprendido del muchacho de un cabrero, allá lejos, sobre los bajos declives de extremas montañas meridionales, la fatiga cayó sobre su mente trabajada como nieve sobre los caminos sinuosos de una ciudad ruidosa, enmudeciéndolo todo.

Estaba en pie y los guerreros se agolpaban junto a él. Durante largo tiempo habían pasado a lo largo de grandes encinas que se alzaban solitarias aquí y allí, como gigantes que respiran en enormes alientos el aire de la noche antes de realizar algún hecho terrible; ahora habían llegado a los linderos de un bosque negro; los troncos se erguían como grandes columnas en una sala egipcia, de la cual Dios recibía, según manera antigua, las plegarias de los hombres; la cima de este bosque cortaba el camino de un antiguo viento. Aquí se pararon todos y encendieron un fuego de ramas sacando chispas del pedernal sobre un montón de helecho. Despojáronse de sus armaduras y sentáronse en torno del fuego, y Camorak se levantó allí y se dirigió a ellos: Vamos a guerrear contra el Hado, cuya sentencia es que yo no he de llegar a Carcasona. Y si descaminamos una sola de las sentencias del Hado, entonces todo el futuro del mundo es nuestro, y el futuro que el Hado ha dispuesto es como el cauce seco de un río desviado. Pero si hombres como nosotros, si tan resueltos conquistadores no pueden prevenir una sentencia que el Hado ha decidido, entonces la raza de los hombres estará por siempre sujeta a hacer como esclava la mezquina tarea que se le ha señalado —dijo Camorak.

Entonces, todos ellos desenvainaron sus espadas y las blandieron alto en el resplandor de la hoguera, y declararon guerra al Hado. Nada en el bosque sombrío se movía y ningún ruido se escuchaba. Hombres cansados no sueñan de guerra.

Cuando la mañana vino sobre los campos centelleantes, un grupo de gentes que había salido de Arn descubrió el campamento de los guerreros y trajo tiendas y provisiones. Y los guerreros tuvieron un festín, y los pájaros cantaban en el bosque, y se despertó la inspiración de Arleón.

Entonces se levantaron y, siguiendo a Arleón, entraron en el bosque y marcharon hacia el Sur. Y más de una mujer de Arn les envió sus pensamientos cuando tocaban algún viejo aire monótono; pero sus propios pensamientos iban muy lejos delante de ellos, deslizándose sobre el baño al través de cuyas profundidades corre el río en Carcasona, ciudad de mármol.

Cuando las mariposas danzaban en el aire y el sol se aproximaba al cénit, fueron levantadas las tiendas, y todos los guerreros descansaron; y de nuevo tuvieron festín, y ya avanzada la tarde continuaron marchando una vez más, cantando a Carcasona.

Y la noche bajó con su misterio sobre el bosque, y dió de nuevo su aspecto demoníaco a los árboles, y sacó de profundidades nebulosas una luna enorme y amarilla.

Y los hombres de Arn encendieron hogueras, y súbitas sombras surgieron y se alejaron saltando fantásticamente. Y sopló el viento de la noche, levantándose como un aparecido; y pasaba entre los troncos, y se deslizaba por los claros de luz cambiante, y despertaba a las fieras que aún soñaban con el día, y arrastraba pájaros nocturnos al campo para amenazar a las gentes timoratas, y golpeaba las rosas contra las ventanas de los aldeanos, y murmuraba noticias de la noche amiga, y transportaba a los oídos de los hombres errantes el eco del cantar de una doncella, y daba un encanto misterioso al sonido del laúd tocado en la soledad de

unas distantes colinas; y los ojos profundos de las polillas lucían como las lámparas de un galeón, y extendían sus alas y bogaban por su mar familiar. Sobre este viento de la noche también los sueños de los hombres de Camorak iban flotando hacia Carcasona.

Toda la mañana siguiente marcharon y toda la tarde, y conocieron que se iban acercando ahora a las profundidades del bosque. Y los ciudadanos de Arn se apretaron entre sí y detrás de los guerreros. Porque las profundidades del bosque eran todas desconocidas de los viajeros, pero no desconocidas para los cuentos de espanto que los hombres dicen por la tarde a sus amigos en el bienestar seguro de sus hogares. Entonces apareció la noche y una luna desmesurada. Y los hombres de Camorak durmieron. Algunas veces se despertaban y se volvían a dormir; y aquellos que permanecían despiertos largo tiempo y se ponían a escuchar, oían los pasos de pesadas criaturas bípedas marchando lentamente al través de la noche sobre sus patas.

Tan pronto como hubo luz, los hombres sin armas de Arn principiaron a escurrirse y se volvieron en bandas al través del bosque. Cuando vino la oscuridad, no se detuvieron para dormir, sino que continuaron huyendo todo derecho hasta que llegaron a Arn, y con los cuentos que allí dijeron aumentaron aún el terror de la selva.

Pero los guerreros tuvieron un festín, y después Arleón se levantó y tocó su arpa, y los condujo otra vez; y unos pocos fieles servidores permanecieron con ellos aún. Y marcharon todo el día al través de una oscuridad que era tan vieja como la noche. Pero la inspiración de Arleón ardía en su mente como una estrella. Y los condujo hasta que los pájaros comenzaron a posarse en las cimas y anochecía, y todos ellos acamparon. Tenían ahora sólo una tienda que les habían dejado, y junto a ella encendieron una

hoguera, y Camorak puso un centinela con la espada desnuda, justamente detrás del resplandor del fuego.
Algunos de los guerreros dormían en el pabellón, y otros alrededor de él.
Cuando vino la aurora, algo terrible había matado al centinela y se lo había comido.
Pero el esplendor de los rumores de Carcasona, y el decreto del Hado, que nunca llegarían a ella, y la inspiración de Arleón y su arpa, todo incitaba a los guerreros; y marcharon todo el día más y más adentro en la selva.
Una vez vieron un dragón que había cogido un oso y estaba jugando con él, dejándole correr un corto trecho y alcanzándolo con una zarpa.
Por fin vinieron a un claro en la selva a punto de anochecer. Un perfume de flores ascendía de él como una niebla, y cada gota de rocío interpretaba el cielo en sí misma.
Era la hora en que el crepúsculo besa a la Tierra.
Era la hora en que viene una significación a las cosas sin sentido, y los árboles superan en majestad la pompa de los monarcas, y las tímidas criaturas salen a hurtadillas en busca del alimento, y los animales de rapiña sueñan aún inocentemente, y la Tierra exhala un suspiro, y es de noche.
En medio del vasto claro, los guerreros de Camorak acamparon, y se alegraron viendo aparecer de nuevo las estrellas, una tras otra.
Esta noche comieron las últimas provisiones y durmieron sin que los molestasen las alimañas rapaces que pueblan la oscuridad de la selva.
Al día siguiente, algunos de los guerreros cazaron ciervos, y otros permanecieron en los juncos de un lago vecino y dispararon flechas contra las aves acuáticas. Mataron un ciervo y algunos gansos y varias cercetas.

Aquí continuaron los aventureros respirando el aire puro salvaje que las ciudades no conocen; durante el día cazaban, y encendían hogueras por la noche, y cantaban y tenían festines, y se olvidaban de Carcasona. Los terribles habitantes de las tinieblas nunca los molestaban; la carne de venado era abundante, y toda clase de aves acuáticas; gustaban de la caza por el día, y por la noche de sus cantos favoritos. Así fueron pasando un día y otro, y así una y otra semana. El tiempo arrojó sobre este campamento un puñado de mediodías, las lunas de oro y plata que van consumiendo el año; el Otoño y el Invierno pasaron, y la Primavera apareció; los guerreros continuaban allí en sus cacerías y sus banquetes.

Una noche de primavera se hallaban en un banquete alrededor del fuego, y contaban cuentos de caza; y las blandas polillas salían de la oscuridad y paseaban sus colores por la luz del fuego, y volvían grises a la oscuridad otra vez; y el viento de la noche era frío sobre los cuellos de los guerreros, y la hoguera del campamento era cálida en sus rostros, y un silencio se había establecido entre ellos después de algún canto; y Arleón se alzó repentinamente, acordándose de Carcasona. Y su mano se deslizó sobre las cuerdas del arpa, despertando las más profundas, como el ruido de gentes ágiles que están danzando sobre el bronce; y la música se iba a perder entre el propio silencio de la noche, y la voz de Arleón se levantó:

“Cuando hay sangre en el baño, ella conoce que hay guerra en las montañas y anhela oír el grito de combate que lanzan hombres de sangre real.”

Y súbitamente todos gritaron: “¡Carcasona!”

Y con esta palabra su pereza desapareció como desaparece el sueño de un soñador despertado por un grito. Y pronto principió la gran marcha que ya no tuvo vacilaciones ni titubeos.

Llegaron a convertirse en un proverbio de la marcha errante, y nació una leyenda de hombres extraños, desconsolados. Las

gentes hablaban de ellos a la caída de la noche, cuando el fuego ardía vivamente y la lluvia caía de los aleros. Y cuando el viento era fuerte, los niños pequeños creían llenos de miedo que los Hombres que Nunca Descansarían pasaban haciendo ruido. Se referían cuentos extraños de hombres en vieja armadura gris que avanzaban por las cimas de los collados y que jamás pedían albergue; y las madres decían a sus hijos, impacientes de permanecer en casa, que los grises errabundos habían sentido en otro tiempo la misma impaciencia, y ahora no tenían esperanza de descansar y eran arrastrados con la lluvia cuando el viento se enfurecía.

Pero los errabundos se sentían excitados en sus marchas continuas por la esperanza de llegar a Carcasona, y más tarde por la cólera contra el Hado, y últimamente continuaban marchando porque parecía mejor continuar marchando que pensar.

Y un día llegaron a una región montuosa, con una leyenda en ella que sólo tres valles más allá se podía ver, en días claros, Carcasona.

Aunque estaban cansados y eran pocos, y se hallaban gastados por los años, que todos les habían traído guerras, lanzáronse al instante, conducidos siempre por la inspiración de Arleón, ya decaído por la edad, aunque seguía tocando música con su viejo arpa.

Todo el día fueron descendiendo al primer valle, y durante dos días subieron, y llegaron a la Ciudad Que No Puede Ser Tomada En Guerra, debajo de la cima de la montaña, y sus puertas fueron cerradas contra ellos, y no había camino alrededor. A derecha e izquierda había precipicios escarpados en todo lo que alcanzaba la vista o decía la leyenda, y el paso se hallaba al través de la ciudad. Por esto Camorak formó a los guerreros que le quedaban en línea de batalla para sostener su última guerra, y avanzaron sobre los huesos calcinados de antiguos ejércitos sin enterrar.

Ningún centinela los desafió en la puerta; ninguna flecha voló de torre alguna de guerra. Un ciudadano trepó solo a la cumbre de la montaña, y los demás se escondieron en lugares abrigados. Porque en la cumbre de la montaña, abierta en la roca, había una profunda caverna en forma de taza, y en esa caverna ardían suavemente hogueras. Pero si alguien arrojaba un guijarro a las hogueras, como uno de estos ciudadanos tenía costumbre de hacer cuando los enemigos se acercaban, la montaña lanzaba rocas intermitentes durante tres días, y las rocas caían llameantes sobre toda la ciudad y todos sus alrededores.

Y precisamente cuando los hombres de Camorak principiaron a golpear la puerta para derribarla, oyeron un estallido en la montaña, y una gran roca cayó detrás de ellos y se precipitó rodando al valle. Las dos siguientes cayeron frente a ellos sobre los techos de hierro de la ciudad. Justamente cuando entraban en la ciudad, una roca los encontró apiñados en una calle estrecha y aplastó a dos de ellos. La montaña humeaba y parecía palpitar; a cada palpitación, una roca se hundía en las calles o botaba sobre los pesados techos de hierro, y el humo subía lentamente, lentamente.

Cuando al través de las largas calles desiertas de la ciudad llegaron a la puerta cerrada del fin, sólo cincuenta quedaban. Cuando hubieron conseguido derribar la puerta, no había más que diez vivos. Otros tres fueron muertos cuando iban subiendo la cuesta, y dos cuando pasaban cerca de la terrible caverna. El Hado permitió que el resto avanzase algún trecho bajando la montaña por el otro lado, y entonces les tomó tres de ellos. Sólo Camorak y Arleón habían quedado vivos. Y la noche descendió sobre el valle al cual habían venido, y estaba iluminada por los resplandores de la fatal montaña; y los dos hicieron duelo de sus camaradas durante toda la noche.

Pero cuando vino la mañana se acordaron de su guerra contra el Hado y su vieja resolución de llegar a Carcasona, y la voz de Arleón se alzó en un canto vibrante, y arrancó música de su viejo arpa, y se puso en pie, y marchó rumbo al Sur como había hecho años y años, y detrás de él iba Camorak. Y cuando al fin subieron desde el último valle y se pararon sobre la cima del collado en la luz dorada de la tarde, sus ojos envejecidos vieron sólo millas de selva y los pájaros que se retiraban a sus nidos.

Sus barbas estaban blancas, y habían viajado muy lejos y con muchos trabajos; les había llegado el tiempo en que un hombre descansa de sus trabajos y sueña, durmiendo ligeramente, con los años que fueron y no con los que serán.

Largo tiempo miraron hacia el Sur; y el sol se puso sobre los remotos bosques, y las luciérnagas encendieron sus lámparas, y la inspiración de Arleón se alzó y huyó para siempre, para alegrar, acaso, los sueños de hombres más jóvenes.

—Mi rey, no conozco ya el camino de Carcasona —dijo Arleón.

Y Camorak sonrió como sonríen los ancianos, con poco motivo de alegría. Los años van pasando por nosotros como grandes pájaros ahuyentados de alguna antigua ciénaga gris por la Fatalidad, el Destino y los designios de Dios. Y puede muy bien ser que contra éstos no haya guerrero que sirva, y que el Hado nos haya vencido, y que nuestro afán haya fracasado —dijo.

Y después de esto se quedaron silenciosos.

Entonces desenvainaron sus espadas, y uno junto al otro bajaron a la selva, buscando aún a Carcasona.

Yo imagino que no fueron muy lejos, porque había mortales pantanos en aquel bosque, y tinieblas más tenaces que las noches, y bestias terribles acostumbradas a sus caminos.

Ni hay allí leyenda alguna, ni en verso ni entre los cantos del pueblo de las campiñas, de que alguno hubiese llegado a Carcasona.

Días de ocio en el país del Yann

Cruzando el bosque, bajé a la orilla del Yann, y allí encontré, según se había profetizado, al barco *El Pájaro del Río*, presto a soltar amarras.

El capitán estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre la blanca cubierta, con su cimitarra al lado, enfundada en su vaina esmaltada de pedrería; y los marineros desplegaban las ágiles velas para guiar el navío al centro del Yann, y entretanto cantaban viejas canciones de paz. Y el viento de la tarde, que descendía helado de los campos de nieve de alguna montaña, residencia de lejanos dioses, llegó de súbito como una alegre noticia a una ciudad impaciente, e hinchó las velas, que semejaban alas.

Y así alcanzamos el centro del río, y los marineros arriaron las grandes velas. Pero yo había ido a saludar al capitán, y a inquirir los milagros y las apariciones entre los hombres de los más santos dioses de cualquiera de las tierras en que él había estado. Y el capitán respondió que venía de la hermosa Belzoond, y que había adorado a los dioses menores y más humildes que rara vez enviaban el hambre o el trueno y que fácilmente se aplacaban con pequeñas batallas. Y le dije cómo llegaba de Irlanda, que está en Europa; y el capitán y todos los marineros se rieron. No hay tales lugares en todo el país de los sueños —decían.

Cuando acabaron de burlarse, expliqué que mi fantasía moraba por lo común en el desierto de Cuppar-Nombo, en una ciudad azul llamada Golthoth la Condenada, que guardaban en todo su contorno los lobos y sus sombras, y que había estado desolada

años y años por una maldición que fulminaron una vez los dioses airados y que no habían podido revocar. Y que a veces mis sueños me habían llevado hasta Pungar Vees, la roja ciudad murada donde están las fuentes, que comercia con Thul y las Islas. Cuando hablé así me dieron albricias por la elección de mi fantasía, diciendo que, aunque ellos nunca habían visto esas ciudades, bien podían imaginarse lugares tales. Durante el resto de la tarde contraté con el capitán la suma que había de pagarle por mi travesía, si Dios y la corriente del Yann nos llevaban con fortuna a los arrecifes del mar que llaman Bar-Wul-Yann, la Puerta del Yann.

Ya había declinado el sol, y todos los colores de la tierra y el cielo habían celebrado un festival con él, y huido uno a uno al inminente arribo de la noche. Los loros habían volado a sus viviendas de las umbrías de una y otra orilla; los monos, asidos en fila a las altas ramas de los árboles, estaban silenciosos y dormidos; las luciérnagas subían y bajaban en las espesuras del bosque, y las grandes estrellas asomábanse resplandecientes a mirarse en la cara del Yann. Entonces, los marineros encendieron las linternas, colgáronlas a la borda del navío y la luz relampagueó súbitamente y deslumbró al Yann; y los ánades que viven a lo largo de las riberas pantanosas levantaron de pronto el vuelo y dibujaron amplios círculos en el aire, y columbraron las lejanías del Yann, y la blanca niebla que blandamente encapotaba la fronda, antes de regresar a sus pantanos.

Entonces, los marineros se arrodillaron sobre cubierta y oraron, no a la vez, sino en turnos de cinco o seis. De uno y otro lado arrodillábanse cinco o seis, porque allí sólo rezaban a un tiempo hombres de credos diferentes, para que ningún dios pudiera oír la plegaria de dos hombres al mismo tiempo. Tan pronto como uno acababa de orar, otro de la misma fe venía a tomar su puesto. Así es como se arrodillaba la fila de cinco o seis, con sus cabezas

dobladas bajo las velas que latían al viento, mientras que la vena central del río Yann encaminábalos hacia el mar; y sus plegarias ascendían por entre las linternas y subían a las estrellas. Y detrás de ellos, en la popa de barco, el timonel rezaba en voz alta la oración del timonel, que rezan todos los que comercian por el río Yann, cualquiera que sea su fe. Y el capitán impetró a sus pequeños dioses menores, a los dioses que bendicen a Belzoond.

Y yo también sentí anhelos de orar. Sin embargo, no quería rogar a un dios celoso, allí donde los débiles y benévolos dioses eran humildemente invocados por el amor de los gentiles; y entonces me acordé de Sheol Nugganoth, a quien los hombres de la selva habían abandonado largo tiempo hacía, que está ahora solitario y sin culto; y a él recé.

Mientras estábamos orando, cayó la noche de repente, como cae sobre todos los hombres que rezan al atardecer y sobre los hombres que no rezan; pero nuestras plegarias confortaron nuestras almas cuando pensábamos en la Gran Noche que venía.

Y así, el Yann nos llevó magníficamente río abajo, porque estaba ensoberbecido con la fundida nieve que el Poltiades le trajera de los montes de Hap, y el Marn y el Migris estaban hinchados por la inundación; y nos condujo en su poder más allá de Kyph y Pir, y vimos las luces de Golunza.

Pronto estuvimos todos dormidos, menos el timonel, que gobernaba el barco por la corriente central del Yann.

Cuando salió el sol cesó su canto el timonel, porque con su canto se alentaba en la soledad de la noche. Cuando cesó el canto nos despertamos súbitamente, otro tomó el timón y el timonel se durmió.

Sabíamos que pronto llegaríamos a Mandaroon. Luego que hubimos comido apareció Mandaroon. Entonces el capitán dio sus órdenes, y los marineros arriaron de nuevo las velas mayores, y el navío viró, y dejando el curso del Yann, entró en una dársena bajo

los rojos muros de Mandaroon. Mientras los marineros entraban para recoger frutas, yo me fuí solo a la puerta de Mandaroon. Sólo unas cuantas chozas había, en las que habitaba la guardia. Un centinela de luenga barba blanca estaba a la puerta armado de una herrumbrosa lanza. Llevaba unas grandes antiparras cubiertas de polvo. A través de la puerta vi la ciudad. Una quietud de muerte reinaba en ella. Las calles parecían no haber sido holladas, y el musgo crecía espeso en el umbral de las puertas; en la plaza del mercado dormían confusas figuras. Un olor de incienso venía con el viento hacia la puerta, incienso de quemadas adormideras, y oíase el eco de distantes campanas. ¿Por qué están todos dormidos en esta callada ciudad? —dije al centinela en la lengua de la región del Yann.

—Nadie debe hacer preguntas en esta puerta, porque puede despertarse la gente de la ciudad. Porque cuando la gente de esta ciudad se despierte, morirán los dioses. Y cuando mueran los dioses, los hombres no podrán soñar más —contestó él. Empezaba a preguntarle qué dioses adoraba la ciudad, pero él enristró su lanza, porque nadie podía hacer preguntas allí. Le dejé entonces y me volví al *Pájaro del Río*.

Mandaroon era realmente hermosa, con sus blancos pináculos enhiestos sobre las rojas murallas y los verdes tejados de cobre.

Cuando llegué al *Pájaro del Río*, los marineros ya estaban a bordo. Levamos anclas en seguida y nos hicimos a la vela otra vez, y otra vez seguimos por el centro del río. El sol culminaba en su carrera, y alcanzábamos a oír en el río Yann las incontables miríadas de coros que le acompañan en su ronda por el mundo. Porque los pequeños seres que tienen muchas patas habían desplegado al aire sus alas de gasa, suavemente, como el hombre que se apoya de codos en el balcón y rinde regocijado solemnes alabanzas al sol; o bien unos con otros danzaban en el aire inciertas danzas complicadas y ligeras, o desviábanse para huir al ímpetu de

alguna gota de agua que la brisa había sacudido de una orquídea silvestre, escalofriando el aire y estremeciéndole al precipitarse a la tierra; pero entretanto cantan triunfalmente: Porque el día es para nosotros —dicen—, lo mismo si nuestro magnánimo y sagrado padre el Sol engendra más de nuestra especie en los pantanos, que si se acaba el mundo esta noche. Y allí cantaban todos aquellos cuyas notas son conocidas de los oídos humanos, así como aquellos cuyas notas, mucho más numerosas, jamás fueron oídas por el hombre.

Para todos estos seres, un día de lluvia hubiera sido como para el hombre una era de guerra que asolara los continentes durante la vida de una generación.

Y salieron también de la oscura y humeante selva para contemplar el sol y gozarse en él las enormes y tardas mariposas. Y danzaron; pero danzaban perezosamente en las calles del aire como tal reina altiva de lejanas tierras conquistadas, en su pobreza y destierro, danza en algún campamento de gitanos por sólo el pan para vivir, pero sin que su orgullo consintiérale bailar por un mendrugo más.

Y las mariposas cantaron de pintadas y extrañas cosas, de orquídeas purpúreas y de rojas ciudades perdidas, y de los monstruosos colores de la selva marchita. Y ellas también estaban entre aquellos cuyas voces son imperceptibles a los oídos humanos. Y cuando fluctuaban sobre el río, de bosque a bosque, fue disputado su esplendor por la enemiga belleza de las aves que salieron a perseguirlas. A veces posábanse en las blancas y céreas yemas de la planta que se arrastra y trepa por los árboles de la selva; y sus alas de púrpura resplandecían sobre los grandes capullos, como cuando van las caravanas de Nurl a Thace las sedas relampagueantes resplandecen sobre la nieve, donde los astutos mercaderes las despliegan una a una para ofuscar a los montañeses de las montañas de Noor.

Mas sobre hombres y animales, el sol enviaba su sopor. Los monstruos del río yacían dormidos en el légamo de la orilla. Los marineros alzaron sobre cubierta un pabellón de doradas borlas para el capitán, y fuéronse todos, menos el timonel, a cobijarse bajo una vela que habían tendido como un toldo entre dos mástiles. Entonces se contaron cuentos unos a otros, de sus ciudades y de los milagros de sus dioses, hasta que cayeron dormidos. El capitán me brindó la sombra de su pabellón de borlas de oro, y charlamos durante algún tiempo, diciéndome él que llevaba mercancías a Perdondaris, y que de retorno llevaría cosas del mar a la hermosa Belzoond. Y mirando a través de la abertura del pabellón los brillantes pájaros y mariposas que cruzaban sobre el río una y otra vez, me quedé dormido, y soñé que era un monarca que entra en su capital bajo empavesados arcos, y que estaban allí todos los músicos del mundo tañendo melodiosamente sus instrumentos, pero sin nadie que los aclamase.

A la tarde, cuando enfrió el día, desperté, y encontré al capitán ajustándose la cimitarra, que se había desceñido para descansar.

En aquel momento nos aproximábamos al amplio foro de Astahahn, que se abre sobre el río. Extrañas barcas de antiguo corte estaban amarradas a los peldaños. Al acercarnos vimos el abierto recinto marmóreo, en cuyos tres lados levantábanse las columnatas del frente de la ciudad. Y en la plaza y a lo largo de las columnatas paseaba la gente de aquella ciudad con la solemnidad y el cuidado gesto que corresponde a los ritos del antiguo ceremonial. Todo en aquella ciudad era de estilo antiguo: la decoración de las casas, que, destruida por el tiempo, no había sido reparada, era de las épocas más remotas; y por todas partes estaban representados en piedra los animales que han desaparecido de la tierra hace mucho tiempo: el dragón, el grifo, el hipogrifo y las varias especies de gárgola.

Nada se encontraba, ni en los objetos ni en los usos, que fuera nuevo en Astahahn. Nadie reparó en nosotros cuando entramos, sino que continuaron sus procesiones y ceremonias en la antigua ciudad, y los marineros, que conocían sus costumbres, tampoco pusieron mayor atención en ellos. Pero yo, así que estuvimos cerca, pregunté a uno de ellos que estaba al borde del agua qué hacían los hombres en Astahahn, y cuál era su comercio y con quién traficaban. Aquí hemos encadenado y maniatado al Tiempo, que, de otra suerte, hubiera matado a los dioses —dijo.

Le pregunté entonces qué dioses adoraban en aquella ciudad. A todos los dioses a quienes el Tiempo no ha matado todavía —respondió.

Me volvió la espalda y no dijo más, y se compuso de nuevo el gesto propio de la antigua usanza. Y así, según la voluntad del Yann, derivamos y abandonamos Astahahn. El río, ensanchábase por bajo de Astahahn; allí encontramos mayores cantidades de los pájaros que hacen presa en los peces. Y eran de plumaje maravilloso, y no salían de la selva, sino que, con sus largos cuellos estirados y con sus patas tendidas hacia atrás en el viento, volaban rectos por el centro del río.

Entonces empezó a condensarse el anochecer. Una espesa niebla blanca había aparecido sobre el río y calladamente se extendía. Asíase a los árboles con largos brazos impalpables, y ascendía sin cesar, helando el aire; y blancas formas huían a la selva, como si los espectros de los marineros naufragados estuviesen buscando furtivamente en la sombra los espíritus malignos que atrás habíanles hecho naufragar en el Yann.

Cuando el sol comenzó a hundirse tras el campo de orquídeas que descollaban en la alfombrada ladera de la selva, los monstruos del río salieron chapoteando del cieno en que se habían acostado durante el calor del día, y los grandes animales de la selva salían a beber. Las mariposas habíanse ido a descansar poco antes. En los

angostos afluentes que cruzábamos, la noche parecía haber cerrado ya, aunque el sol, que se había ocultado de nosotros, aún no se había puesto.

Entonces, las aves de la selva tornaron volando muy altas sobre nosotros, con el reflejo bermellón del sol en sus pechos, y arriaron sus piñones tan pronto como vieron el Yann, y abatiéronse entre los árboles. Las cercetas empezaron entonces a remontar el río en grandes bandadas, silbando; de súbito giraron y se perdieron volando río abajo. Y allí pasó como un proyectil, junto a nosotros, el trullo, de forma de flecha; y oímos los varios graznidos de los bandos de patas, que los marineros me dijeron habían llegado cruzando las cordilleras lispasianas; todos los años llegan por el mismo camino, que pasa junto al pico de Mluna, dejándolo a la izquierda; y las águilas de la montaña saben el camino que traen, y al decir de los hombres, hasta la hora, y todos los años los esperan en el mismo camino en cuanto las nieves han caído sobre los llanos del Norte.

Mas pronto avanzó la noche de tal manera que ya no vimos los pájaros, y sólo oíamos el zumbido de sus alas, y de otros innumerables también, hasta que todos se posaron a lo largo de las márgenes del río, y entonces fue cuando salieron las aves de la noche. En aquel momento encendieron los marineros las linternas de la noche, y enormes alevillas aparecieron aleteando en torno del barco, y por momentos sus colores suntuosos hacíanse visibles a la luz de las linternas; pero al punto entraban otra vez en la noche, donde todo era negro. Oraron de nuevo los marineros, y después cenamos y nos tendimos, y el timonel tomó nuestras vidas a su cuidado.

Cuando desperté, me encontré que habíamos llegado a Perdondaris, la famosa ciudad. Porque a nuestra izquierda alzábase una hermosa y notable ciudad, tanto más placentera a los ojos porque sólo la selva habíamos visto mucho tiempo hacía. Anclamos junto

a la plaza del mercado y desplegóse toda la mercancía del capitán, y un mercader de Perdondaris se puso a mirarla. El capitán tenía la cimitarra en la mano y golpeaba con ella, colérico, sobre cubierta, y las astillas saltaban del blanco entarimado, porque el mercader habíale ofrecido por su mercancía un precio que el capitán tomó como un insulto a él y a los dioses de su país, de quienes dijo eran grandes y terribles dioses, cuyas maldiciones debían ser temidas. Pero el mercader agitó sus manos, que eran muy carnosas, mostrando las rojas palmas, y juró que no lo hacía por él, sino solamente por las pobres gentes de las chozas del otro lado de la ciudad, a quienes deseaba vender la mercancía al precio más bajo posible, sin que a él le quedara remuneración. Porque la mercancía consistía principalmente en las espesas alfombras *tumarunds*, que en invierno resguardan el suelo del viento, y el *tollub*, que se fuma en pipa. Dijo, por tanto, el mercader que si ofrecía un *piffek* más, la pobre gente estaría sin sus *tumarunds* cuando llegase el invierno, y sin su *tollub* para las tardes; o que, de otra suerte, él y su anciano padre morirían de hambre.

A esto el capitán levantó su cimitarra contra su mismo pecho, diciendo que entonces estaba arruinado y que no le quedaba sino la muerte. Y mientras cuidadosamente levantaba su barba con su mano izquierda, miró el mercader de nuevo la mercancía, y dijo que mejor que ver morir a tan digno capitán, al hombre por quien él había concebido especial afecto desde que vio por primera vez su manera de gobernar la nave, él y su anciano padre morirían de hambre; y entonces ofreció quince *piffeks* más.

Cuando así hubo dicho, prosternóse el capitán y rogó a sus dioses que endulzaran aún más el amargo corazón de este mercader, a sus diosecillos menores, a los dioses que protegen a Belzoond.

Por fin ofreció el mercader cinco *piffeks* más.

Entonces lloró el capitán, porque decía que se veía abandonado de sus dioses; y lloró también el mercader, porque decía que pensaba

en su anciano padre y en que pronto moriría de hambre, y escondió su rostro lloroso entre las manos, y de nuevo contempló el *tollub* entre sus dedos. Y así concluyó el trato; tomó el mercader el *tumarund* y el *tollub*, y los pagó de una gran bolsa tintineante. Y fueron de nuevo empaquetados en balas, y tres esclavos del mercader llevároнlos sobre sus cabezas a la ciudad. Los marineros habían permanecido silenciosos, sentados con las piernas cruzadas en media luna sobre cubierta, contemplando ávidamente el trato, y al punto levantóse entre ellos un murmullo de satisfacción, y empezaron a compararle con otros tratos que habían conocido. Dijéronme que hay siete mercaderes en Perdondaris, y que todos habían llegado junto al capitán, uno a uno, antes de que empezara el trato, y que cada uno le había prevenido secretamente en contra de los otros. Y a todos los mercaderes habíales ofrecido el capitán el vino de su país, el que se hace en la hermosa Belzoond; pero no pudo persuadirlos para que aceptaran.

Mas ahora que el trato estaba cerrado, y cuando los marineros, sentados, hacían la primera comida del día, apareció entre ellos el capitán con una barrica del mismo vino, y lo espitamos con cuidado y todos nos alegramos a la par. El capitán se llenó de contento, porque veía relucir en los ojos de sus hombres el prestigio que había ganado con el trato que acababa de cerrar; así bebieron los marineros el vino de su tierra natal, y pronto sus pensamientos tornaron a la hermosa Belzoond y a las pequeñas ciudades vecinas de Durl y Duz.

Pero el capitán escanció para mí en un pequeño vaso de cierto vino dorado y denso de un jarrillo que guardaba aparte entre sus cosas sagradas. Era espeso y dulce, casi tanto como la miel, pero había en su corazón un poderoso y ardiente fuego que dominaba las almas de los hombres. Estaba hecho, díjome el capitán, con gran sutileza por el arte secreto de una familia compuesta de seis que habitaban una choza en las montañas de Hian Min.

Hallándose una vez en aquellas montañas, dijo, siguió el rastro de un oso y topó de repente con uno de aquella familia, que había cazado al mismo oso; y estaba al final de una estrecha senda rodeada de precipicios, y su lanza estaba hiriendo al oso, pero la herida no era fatal y él no tenía otra arma. El oso avanzaba hacia el hombre, muy despacio, porque la herida le atormentaba; sin embargo, estaba ya muy cerca de él. No quiso el capitán revelar lo que hizo; mas todos los años, tan pronto como se endurecen las nieves y se puede caminar por el Hian Min, aquel hombre baja al mercado de las llanuras y deja siempre para el capitán, en la puerta de la hermosa Belzoond, una vasija del inapreciable vino secreto.

Cuando paladeaba el vino y hablaba el capitán, recordé las grandes y nobles cosas que me había propuesto realizar tiempo hacía, y mi alma pareció cobrar más fuerza en mi interior y dominar toda la corriente del Yann.

Puede que entonces me durmiera. O, si no me dormí, no recuerdo ahora detalladamente mis ocupaciones de aquella mañana. Al oscurecer me desperté, y como desease ver Perdondaris, antes de partir a la mañana siguiente, y no pude despertar al capitán, desembarqué solo.

Perdondaris era, ciertamente, una poderosa ciudad; una muralla muy elevada y fuerte la circundaba, con galerías para las tropas y aspilleras a todo lo largo de ella, y quince fuertes torres de milla en milla, y placas de cobre puestas a altura que los hombres pudieran leerlas, contando en todas las lenguas de aquellas partes de la tierra —un idioma en cada placa— la historia de cómo una vez atacó un ejército a Perdondaris, y de lo que le aconteció al ejército. Entré luego en Perdondaris, y encontré a toda la gente de baile, todos cubiertos con brillantes sedas, y tocaban el *tambang* a la vez que bailaban. Porque mientras yo durmiera habíales aterrorizado una espantosa tormenta, y los fuegos de la muerte,

decían, habían danzado sobre Perdondaris; pero ya el trueno había huido saltando, grande, negro y horrible, decían, sobre los montes lejanos; y se había vuelto a gruñirles de lejos, mostrando sus dientes relampagueantes; y al huir había estallado sobre las cimas, que resonaron como si hubieran sido de bronce. Con frecuencia hacían pausa en sus danzas alegres, e imploraban al Dios que no conocían, diciendo: «¡Oh Dios desconocido! Te damos gracias porque has ordenado al trueno volverse a sus montañas.»

Seguí andando y llegué al mercado, y allí vi, sobre el suelo de mármol, al mercader, profundamente dormido, que respiraba difícilmente, el rostro y las palmas de las manos vueltas al cielo, mientras los esclavos le abanicaban para guardarle de las moscas. Del mercado me encaminé a un templo de plata, y luego a un palacio de ónice; y había muchas maravillas en Perdondaris, y allí me hubiera quedado para verlas; mas al llegar a la otra muralla de la ciudad vi de repente una inmensa puerta de marfil. Me detuve un momento a admirarla, y, acercándome, percibí la espantosa verdad. ¡La puerta estaba tallada de una sola pieza!

Huí precipitadamente y bajé al barco, y en tanto que corría creía oír a lo lejos, en los montes que dejaba a mi espalda, el pisar del espantoso animal que había segregado aquella masa de marfil, el cual, tal vez entonces buscaba su otro colmillo. Cuando me vi en el barco me consideré salvo, pero oculté a los marineros cuanto había visto.

El capitán salía entonces poco a poco de su sueño. Ya la noche venía rodando del Este y del Norte, y sólo los pináculos de las torres de Perdondaris se encendían al sol poniente. Me acerqué al capitán y le conté tranquilamente las cosas que había visto. Él me preguntó al punto sobre la puerta, en voz baja, para que los marineros no pudieran saberlo; y yo le dije que su peso era tan enorme que no podía haber sido acarreada de lejos, y el capitán sabía que hacía un año no estaba allí. Estuvimos de acuerdo en

que aquel animal no podía haber sido muerto por asalto de ningún hombre, y que la puerta tenía que ser de un colmillo caído, y caído allí cerca y recientemente. Entonces resolvió que mejor era huir al instante; mandó zarpar, y los marineros se fueron a las velas, otros levaron el ancla, y justo en el instante en que el más alto pináculo de mármol perdía el último rayo de sol, dejamos Perdondaris, la famosa ciudad. Cayó la noche y envolvió a Perdondaris y la ocultó a nuestros ojos, los cuales no habrán de verla nunca más; porque yo he oído después que algo maravilloso y repentino había hecho naufragar a Perdondaris en un solo día, con sus torres y sus murallas y su gente.

La noche hízose más profunda sobre el río Yann, una noche blanca con estrellas. Y con la noche se alzó la canción del timonel. Luego de orar comenzó su cántico para alentarse a sí mismo en la noche solitaria. Pero primero oró, rezando la plegaria del timonel. Y esto es lo que recuerdo de ella, traducido con un ritmo muy poco semejante al que parecía tan sonoro en aquellas noches del trópico:

«A cualquier dios que pueda oír.

Dondequiera que estén los marineros, en el río o en el mar; ya sea oscura su ruta o naveguen en la borrasca; ya los amenace peligro de fiera o de roca; ya los aceche el enemigo en tierra o los persiga por el mar; ya esté helada la caña del timón o rígido el timonel; ya duerman los marineros bajo la guardia del piloto, guárdanos, guíanos, tórnanos a la vieja tierra que nos ha conocido, a los lejanos hogares que conocemos.

A todos los dioses que son.

A cualquier dios que pueda oír».

Así oraba en el silencio. Y los marineros se tendieron para reposar. Se hizo más profundo el silencio, que sólo interrumpían las ondas del Yann, que rozaban ligeramente nuestra proa. A veces algún monstruo del río tosía.

Silencio y ondas; ondas y silencio otra vez.
Y la soledad envolvió al timonel, y empezó a cantar. Y cantó las canciones del mercado de Durl y Duz, y las viejas leyendas del dragón de Belzoond.
Cantó muchas canciones, contando al espacioso y exótico Yann los pequeños cuentos y nonadas de su ciudad de Durl. Las canciones fluían sobre la oscura selva y ascendían por el claro aire frío, y los grandes bandos de estrellas que miraban sobre el Yann empezaron a saber de las cosas de Durl y de Duz, y de los pastores que vivían en aquellos campos, y de los rebaños que guardaban, y de los amores que habían amado, y de todas las pequeñas cosas que esperaban hacer. Yo, acostado, envuelto en pieles y mantas, escuchaba aquellas canciones, y contemplando las formas fantásticas de los grandes árboles que parecían negros gigantes que acechaban en la noche, me quedé dormido.
Cuando desperté, grandes nieblas salían arrastrándose del Yann. El caudal del río fluía ahora tumultuoso, y aparecieron pequeñas olas, porque el Yann había husmeado a lo lejos las antiguas crestas de Glorm y sabía que sus torrentes estaban frescos delante de él, allí donde había de encontrar el alegre Irillión gozándose en los campos de nieve. Sacudió el letárgico sueño que le invadiera entre la selva cálida y olorosa, y olvidó sus orquídeas y sus mariposas, y se precipitó expectante, turbulento, fuerte; y pronto los nevados picos de los montes de Glorm aparecieron resplandecientes. Ya los marineros despertaban de su sueño. En seguida comimos y se echó a dormir el timonel mientras le reemplazaba un compañero, y todos extendieron sobre aquél sus mejores pieles.
A poco oímos el son del Irillión, que bajaba danzando de los nevados campos.
Y después vimos el torrente de los montes de Glorm, empinado y brillante ante nosotros, y hacia él fuimos llevados por los saltos del Yann. Entonces dejamos la vaporosa selva y respiramos el aire

de la montaña; irguiéronse los marineros y tomaron de él grandes bocanadas, y pensaron en sus remotos montes de Acroctia, en que estaban Durl y Duz. Más abajo, en la llanura, está la hermosa Belzoond.

Una gran sombra cobijábase entre los acantilados de Glorm; pero las crestas brillaban sobre nosotros lo mismo que nudosas lunas, y casi encendían la penumbra. Cada vez se oía más clamoroso el canto del Irillión, y el rumor de su danza descendía de los campos de nieve, que pronto vimos blanca, llena de nieblas y enguirnaldada de finos y tenues arco-iris, que se habían prendido en las cimas de la montaña de algún jardín celestial del sol.

Entonces corrió hacia el mar con el ancho Yann gris, y el valle se ensanchó y se abrió al mundo, y nuestro barco fluctuante salió a la luz del día.

Pasamos toda la mañana y toda la tarde entre las marismas de Pondoovery; el Yann se derramaba en ellas y fluía solemne y pausado, y el capitán mandó a los marineros que tañeran las campanas para dominar el espanto de las marismas.

Por fin dejáronse ver las montañas de Irusia, que alimentan los pueblos de Pen-Kai y Blut, y las calles tortuosas del Mlo, donde los sacerdotes sacrifican a los aludes vino y maíz.

Descendió luego la noche sobre los llanos de Tlun, y vimos las luces de Cappadarnía. Oímos a los Pathnitas batir sus tambores cuando pasamos el Imaut y Golzunda; luego todos durmieron, menos el timonel. Y los pueblos esparcidos por las riberas del Yann oyeron toda aquella noche en la lengua desconocida del timonel cancioncillas de ciudades que ignoraban.

Me desperté al alba con la sensación de que era infeliz, antes de recordar por qué. Entonces recapacité en que al atardecer del día incipiente, según todas las probabilidades, debíamos llegar a Bar-Wul-Yann, donde había de separarme del capitán y sus marineros.

Habíame agradado el hombre, porque me obsequiaba con el vino amarillo que tenía apartado entre sus cosas sagradas y porque me contaba muchas historias de su hermosa Belzoond, entre los montes de Acroctia y el Hian Min. Y habíanme gustado las costumbres de los marineros y las plegarias que rezaban el uno al lado del otro al caer la tarde, sin tratar de arrebatarse los dioses ajenos. También me deleitaba la ternura con que hablaban a menudo de Durl y de Duz, porque es bueno que los hombres amen sus ciudades nativas y los pequeños montes en que se asientan aquellas ciudades.

Y había llegado hasta saber a quién encontrarían cuando tornaran a sus hogares, y dónde pensaban que tuvieran lugar los encuentros, unos en el valle de los montes acroctianos, adonde sale el camino del Yaun; otros en la puerta de una u otra de las tres ciudades, y otros junto al fuego en su casa. Y pensé en el peligro que a todos nos había por igual amenazado en las afueras del Perdondaris, peligro que, por lo que ocurrió después, fue muy real.

Y pensé también en la animosa canción del timonel en la fría y solitaria noche, y en cómo había tenido nuestras vidas en sus manos cuidadosas. Y cuando así pensaba, cesó de cantar el timonel, alcé los ojos y vi una pálida luz que había aparecido en el cielo; y la noche solitaria había transcurrido, ensanchábase el alba y los marineros despertaban.

Pronto vimos la marea del mar que avanzaba resuelta entre las márgenes del Yann, y el Yann saltó flexible hacia él y ambos lucharon un rato; luego el Yann y todo lo que era suyo fue empujado hacia el norte; así que los marineros tuvieron que izar las velas, y gracias al viento favorable pudimos seguir navegando.

Pasamos por Góndara, Narl y Haz. Vimos la memorable y santa Golnuz y oímos la plegaria de los peregrinos.

Cuando despertamos, después del reposo de mediodía, nos acercábamos a Nen, la última de las ciudades del Yann. Otra vez nos

rodeaba la selva, así como a Nen; pero la gran cordillera del Mloon dominaba todas las cosas y contemplaba a la ciudad desde fuera. Anclamos, y el capitán y yo penetramos en la ciudad, y allí supimos que los Vagabundos habían entrado en Nen.

Los Vagabundos eran una extraña, enigmática tribu, que una vez cada siete años bajaban de las cumbres de Mloon, cruzando la cordillera por un puerto que sólo ellos conocen, de una tierra fantástica que está del otro lado.

Las gentes del Nen habían salido todas de sus casas, y estaban maravilladas en sus propias calles porque los Vagabundos, hombres y mujeres, se apiñaban por todas partes y todos hacían alguna cosa rara. Unos bailaban pasmosas danzas que habían aprendido del viento del desierto, arqueándose y girando tan vertiginosamente, que la vista ya no podía seguirlos. Otros tañían en instrumentos bellos y plañideros sones llenos de horror que les había enseñado su alma, perdidos por la noche en el desierto, ese extraño y remoto desierto de donde venían los Vagabundos.

Ninguno de sus instrumentos era conocido en Nen, ni en parte alguna de la región del Yann; ni los cuernos de que algunos estaban hechos eran de animales que alguien hubiera visto a lo largo del río, porque tenían barbadas las puntas. Y cantaron en un lenguaje ignorado cantos que parecían afines a los misterios de la noche y al miedo sin razón que inspiran los lugares oscuros.

Todos los perros del Nen recelaban de ellos agriamente. Y los Vagabundos contábanse entre sí cuentos espantosos, pues, aunque ninguno de Nen entendía su lenguaje, podían ver el terror en las caras de los oyentes, y cuando el cuento acababa, el blanco de sus ojos mostraba un vivido terror, como los ojos de la avecilla en que hace presa el halcón.

Luego el narrador sonreía y se detenía, y otro contaba su historia, y los labios del narrador del primer cuento temblaban de espanto. Si acertaba a aparecer alguna feroz serpiente, los Vagabundos

recibíanla como a un hermano, y la serpiente parecía darles su bienvenida antes de desaparecer. Una vez, la más feroz y letal de las serpientes del trópico, la gigante *lythra*, salió de la selva y entróse por la calle, la calle principal del Nen, y ninguno de los Vagabundos se apartó; por el contrario, empezaron a batir ruidosamente los tambores, como si se tratara de una persona muy honorable; y la serpiente pasó por medio de ellos, sin morder a ninguno.

Hasta los niños de los Vagabundos hacían cosas extrañas, pues cuando alguno se encontraba con un niño de Nen, ambos se contemplaban en silencio con grandes ojos serios; entonces, el niño de los Vagabundos sacaba tranquilamente de su turbante un pez vivo o una culebra; y los niños de Nen no hacían nada de esto.

Anhelaba quedarme para escuchar el himno con que reciben a la noche y que contestan los lobos de las alturas de Mloon, mas ya era tiempo de levar el ancla para que el capitán pudiera volver de Bar-Wul-Yann a favor de la pleamar. Tomamos a bordo y seguimos aguas abajo del Yann. El capitán y yo hablábamos muy poco, porque ambos pensábamos en nuestra separación, que habría de ser para largo tiempo, y nos pusimos a contemplar el esplendor del sol occiduo. Porque el sol era un oro rojizo; mas una tenue y baja bruma envolvía la selva, y en ella vertían su humo las pequeñas ciudades de la selva, y el humo se fundía en la bruma, y todo se juntaba en una niebla de color púrpura que encendía el sol, como santificados los pensamientos de los hombres por alguna cosa grande y sagrada. A veces la columna de humo de algún hogar aislado levantábase más alta que los humos de la ciudad y fulguraba señera al sol.

Y ya los últimos rayos del sol llegaban casi horizontales, cuando apareció el paraje que yo había venido a ver, porque de dos montañas que alzábanse en una y otra ribera avanzaban sobre el río dos riscos de rojo mármol que flameaban a la luz del sol raso;

eran bruñidos y altos como una montaña, casi se juntaban, y el Yann pasaba entre ellos estrechándose y encontraba el mar.

Era Bar-Wul-Yann, la Puerta del Yann, y a distancia, por la brecha de esta barrera, divisé el azul indescriptible del mar, donde relampagueaban pequeñas barcas de pesca.

Y el sol se puso, y vino el breve crepúsculo, y la apoteosis gloriosa de Bar-Wul-Yann se desvaneció; pero aún llameaban las rojas moles, el más bello mármol que han visto los ojos, y esto es un país de maravillas. Pronto el crepúsculo dio campo a las estrellas, y los colores de Bar-Wul-Yann fueron desvaneciéndose. La vista de aquellos riscos fue para mí como la cuerda musical que, desprendida del violín por la mano del genio, lleva al cielo o a las hadas los espíritus trémulos de los hombres.

Entonces anclaron a la orilla y no siguieron adelante, porque eran marineros del río, no del mar, y conocían el Yann, pero no el oleaje de fuera.

Y el momento llegó en que debíamos separarnos el capitán y yo; él para volver a su hermosa Belzoond, frente a los picos distantes de Hian Min; yo a buscar por extraños medios mi camino de retomo a los campos brumosos que conocen todos los poetas, donde se alzan las casitas misteriosas por cuyas ventanas, mirando a Occidente, podéis ver los campos de los hombres, y mirando hacia Oriente, fulgurantes montañas de fantasmas, encapotadas de nieve, que marchan de cadena en cadena a internarse en la región del Mito, y más allá, al reino de la fantasía, que pertenece a las Tierras del Ensueño. Nos miramos largamente uno a otro, sabiendo que no habíamos de encontramos jamás, porque mi fantasía va decayendo al paso de los años y entro cada vez más raramente en las Tierras del Ensueño. Nos estrechamos las manos, muy poco ceremoniosamente de su parte, porque tal no es el modo de saludarse en su país, y encomendó mi alma a sus dioses, a sus

pequeños dioses menores, a los humildes, a los dioses que protegen a Belzoond.

El campo

Cuando se han visto caer ya en Londres las flores de la primavera y cómo ha aparecido, madurado y decaído el verano, con esa rapidez con que transcurre en las ciudades, y, sin embargo, se está en Londres todavía, entonces, en un momento imprevisto, el campo alza su cabeza florida y nos llama con su voz clara, urgente e imperiosa. Cerros y colinas parecen surgir como surgirían en el horizonte celestial las filas angélicas de un coro dedicado a rescatar a las almas empedernidas en el vicio, arrancándolas de sus tugurios.

El trajín callejero no hace suficiente ruido para ahogar su voz, ni las mil asechanzas londinenses podrían distraernos de su llamada. Una vez que se le ha oído, nos es imposible sujetar la fantasía, que se siente fascinada por el recuerdo de cualquier arroyuelo rural, con sus guijarros de colores... Londres entero cae vencido por aquél, como un Goliath metropolitano atacado de improviso.

De muy lejos vienen esas voces interiores, muy lejos en leguas y en remotos años, porque esos montes y colinas que nos solicitan son los montes que «fueron»; esa voz es la voz de antaño, cuando el rey de los duendecillos soplaba aún su cuerno.

Yo las veo ahora, aquellas colinas de mi infancia —porque ellas son las que me llaman—, las veo con sus rostros vueltos hacia un atardecer de púrpura, cuando las frágiles figurillas de las hadas, asomándose entre los helechos, espían el caer de la tarde. Sobre las cumbres pacíficas no existen aún ni apetecibles mansiones ni

regaladas residencias, que han echado hoy a las gentes del lugar y las han sustituido por efímeros inquilinos.

Cuando sentía interiormente la voz de las montañas, iba a buscarlas pedaleando en una bicicleta, carretera adelante, porque en el tren perdemos el efecto de verlas acercarse poco a poco y no nos da tiempo para sentir que vamos despojándonos de Londres como de un viejo y pertinaz pecado. Ni se pasa tampoco por las aldehuelas del camino, guardadoras de alguno de los últimos rumores de la montaña; ni nos queda esa sensación de maravilla de verlas siempre allí, siempre las mismas, conforme nos acercamos a sus faldas, mientras a lo lejos, distantes, sus santos rostros nos miran acogedores. En el tren nos las encontramos de improviso, al doblar una curva; de repente, allá se presentan todas, todas sentadas bajo el sol.

Creo yo que si uno *escapase al peligro* de algún enorme bosque tropical, las bestias salvajes *decrecerían* en número y en crueldad conforme nos alejásemos, las tinieblas se irían disipando poco a poco y el horror del lugar terminaría por desaparecer. Pues bien: conforme uno se aproxima a los límites de Londres y las crestas de las montañas comienzan a dejar sentir su influencia sobre nosotros, nos parece que las casas urbanas aumentan en fealdad, las calles en abyección, la oscuridad es mayor y los errores de la civilización se muestran más a lo vivo al desprecio de los campos.

Donde la fealdad alcanza su apogeo, en el sitio más hórrido y miserable, nos parece oír gritar al arquitecto: «¡Ya he alcanzado la cumbre de lo horrible! ¡Bendito sea Satanás!» En aquel instante, un puentecillo de ladrillos amarillentos se nos presenta como puerta de afiligranada plata, abierta sobre el país de la maravilla.

Entramos en el campo.

A derecha e izquierda, todo lo lejos que la vista alcanza, se extiende la ciudad monstruosa. Pero ante nosotros los campos cantan su vieja, eterna canción.

Una pradera hay allá llena de margaritas. Al través de ella, un arroyuelo corre bajo un bosquecillo de juncos. Tenía la costumbre de descansar junto a aquel arroyuelo antes de continuar mi larga jornada por los campos, hasta acercarme a las laderas de las montañas.
Allí acostumbraba yo a olvidarme de Londres, calle tras calle. Algunas veces cogía un ramo de margaritas y se lo mostraba a las montañas.
Frecuentemente venía aquí. En un principio no noté nada en aquel campo, sino su belleza y la sensación de paz que producía.
Pero a la segunda vez que vine pensé que algo ominoso se ocultaba en aquellas praderas.
Allá abajo, entre las margaritas, junto al somero arroyuelo, sentí que algo terrible podía acontecer. Allí precisamente, en aquel mismo sitio.
No me detuve mucho en ese lugar. Quizás, pensé, tanto tiempo parado en Londres me habrá despertado esas mórbidas fantasías. Y me fui a las colinas tan deprisa como pude.

Varios días estuve respirando el aire campesino, y cuando tuve que volverme fui de nuevo a aquel campo a gozar del pacífico lugar antes de entrar en Londres. Pero algo siniestro se ocultaba todavía entre los juncos.
Un año entero pasó antes de volver por allí.
Salía de la sombra de Londres al claro sol, la verde hierba relucía y las margaritas resplandecían en la claridad; el arroyuelo cantaba una cancioncilla alegre. Mas en el momento en que avancé en el campo, mi antigua inquietud renació, y esta vez peor que en las anteriores. Me parecía notar como si entre la sombra se cobijase algo terrible, algún espantoso acontecimiento futuro, que el transcurso de un año habría acercado.

Quise tranquilizarme haciéndome el razonamiento de que tal vez el ejercicio de la bicicleta era malo y que en el momento en que se toma descanso se despertaría ese sentimiento de inquietud.

Poco después volví a pasar ya de noche por aquella pradera. La canción del arroyo en medio del silencio me atrajo hacia él. Y entonces me vino a la fantasía el pensar lo terriblemente frío que sería aquel lugar para quedarse allí, bajo la luz de las estrellas, si por cualquier razón uno se viese herido, sin posibilidad de escapar.

Conocía a un hombre que estaba informado al detalle de la historia de la localidad. Fui a preguntarle si había ocurrido algo histórico alguna vez en aquel lugar. Cuando me estrechaba a preguntas para que le explicase la razón de las mías, le contesté que aquella pradera me había parecido un buen sitio para celebrar una fiesta. Pero me dijo que nada de interés había ocurrido allí, nada absolutamente.

Así, pues, era del futuro de donde procedía la inquietud.

Durante tres años hice visitas más o menos frecuentes a esa campiña, y cada vez con más claridad presagiaba cosas nefastas, y mi desasosiego se agudizaba cada vez que me entraba el deseo de descansar entre su fresca hierba, junto a los hermosos juncos.

Una vez, para distraer mis pensamientos, intenté calcular la rapidez con que corría el arroyuelo, pero me asaltó la conjetura de si correría tan deprisa como la sangre.

Y comprendí que sería un lugar terrible, algo como para volverse loco, si de improviso se empezasen a oír voces.

Por fin fui allá con un poeta a quien yo conocía. Le desperté de sus quimeras y le expuse el caso concreto. El poeta no había salido de Londres durante todo aquel año.

Era necesario que fuese conmigo a ver aquella pradera y decirme qué era lo que estaba próximo a acontecer en ella. Era a fines de julio. El suelo, el aire, las casas y el polvo estaban tostados por el

verano; se oía a lo lejos, monótonamente, el trajín londinense, arrastrándose siempre, siempre, siempre. El sueño, abriendo sus alas, se remontaba en el aire y, huyendo de Londres, se iba a pasear tranquilamente por los lugares campestres.

Cuando el poeta vio aquel prado se quedó como en éxtasis; las flores brotaban en abundancia a lo largo del arroyo; después se acercó al bosquecillo cercano. A la orilla del arroyo se detuvo y pareció entristecerse mucho. Una o dos veces miró arriba y abajo, con melancolía; se inclinó y miró las margaritas, una primero, luego otra, muy detenidamente, moviendo la cabeza.

Durante un gran rato estuvo silencioso, y, entretanto, todas mis antiguas inquietudes volvieron con mis presagios para lo futuro.

—¿Qué clase de campo es éste? —le dije.

Y él movió la cabeza con pesadumbre.

—Es un campo de batalla —dijo.

Los mendigos

Bajaba por Picadilly no hace mucho, recordando canciones de cuna y añorando viejos romances.

Al ver a los tenderos ir y venir con sus negras blusas y sus sombreros negros, recordé el verso, viejo en los anales de la poesía infantil: *Los mercaderes de Londres van vestidos de escarlata*.

¡Todas las calles estaban tan poco románticas, tan espantosas! Nada podía hacerse por ellas, pensé, nada. Interrumpiéronme en mis pensamientos los ladridos de los perros. Todos los perros de la calle parecían estar ladrando, todas las clases de perros, no sólo los pequeños, sino los grandes también. Los perros ladraban contra el Este, hacia el camino que yo traía. Me volví para mirar y tuve esta visión, en Picadilly, en el lado opuesto a las casas, después que cruzan ustedes la fila de coches.

Altos hombres encorvados bajaban por la calle envueltos en capas maravillosas. Todos eran de rostro pálido y de negra cabellera, y la mayor parte con extrañas barbas. Andaban pausadamente, apoyados en báculos, y tendían sus manos en demanda de limosna.

Todos los mendigos habían bajado a la ciudad.

Yo les hubiera dado un doblón de oro grabado con las torres de Castilla, pero no tenía semejante moneda. No parecían gentes a quienes fuese propio ofrecer la misma moneda que se saca para pagar el *taxi* (¡Oh maravillosa palabra contrahecha, seguramente palabra de paso en alguna parte de una Orden siniestra!). Unos vestían capas color púrpura con anchos embozos verdes, y el

verde embozo era en algunas una estrecha franja; y otros llevaban capas de viejo y marchito rojo, y otros capas violeta, y ninguna era negra.

Pedían elegantemente, como los dioses podrían pedir almas.

Me detuve junto a un farol, y vinieron hacia él, y uno le habló, llamándole «hermano farol»; y dijo: «¡Oh farol, nuestro hermano de la sombra! ¿Hay muchos naufragios para ti en las mareas de la noche? No duermas, hermano; no duermas. Hubo muchos naufragios y no fueron para ti.»

Era extraño: nunca había pensado en la majestad del farol callejero y en su larga vigilancia sobre los hombres descarriados.

Pero el farol no era indigno de la atención de aquellos embozados extranjeros.

Uno de ellos murmuró a la calle: «¿Estás cansada, calle? Sin embargo, no tardarán mucho en andarte por encima y vestirte de alquitrán y briquetas de madera. Ten paciencia, calle. Ya vendrá el terremoto.»

—¿Quiénes sois —preguntaba la gente— y de dónde venís?

—¿Quién puede decir quiénes somos —respondieron— o de dónde venimos?

Y uno de ellos volvióse hacia las ahumadas casas, diciendo: «Benditas sean las casas, porque dentro de ellas sueñan los hombres.»

Entonces percibí lo que jamás había pensado: que todas aquellas casas absortas no eran iguales, sino diferentes unas de otras, porque todas soñaban sueños diferentes.

Y otro se volvió hacia un árbol que estaba junto a la verja de Green Park, diciendo: «Alégrate árbol, porque los campos volverán de nuevo.»

Y entretanto ascendía el feo humo, el humo que ha ahogado la fábula y ennegrecido a los pájaros. A éste, pensé, ni pueden alabarle ni bendecirle. Pero cuando le vieron levantaron hacia él sus

manos, hacia los miles de chimeneas, diciendo: «Contemplemos el humo. Los viejos bosques de carbón que han yacido tanto tiempo en la oscuridad, y que yacerán tanto tiempo todavía, están danzando ahora y volviendo hacia el sol. No te olvidamos, hermana tierra, y te deseamos la alegría del sol.»

Había llovido, y un triste arroyuelo destilaba de una sucia gotera. Venía de montones de despojos inmundos y olvidados; había recogido en su camino cosas que fueron desechadas, y encaminábase a sombrías alcantarillas desconocidas del hombre y del sol. Este taciturno arroyuelo era una de las causas que me habían movido a decirme en mi corazón que la Ciudad era vil, que la Belleza había muerto en ella y huido la Fantasía.

Y aun a esta cosa bendecían los mendigos. Y uno que llevaba capa púrpura con un ancho embozo verde dijo: «Hermano: conserva la esperanza aún, porque seguramente has de ir al fin al deleitoso mar y encontrar allí los pesados, enormes navíos muy viajados, y gozarte junto a las islas que conocen el sol de oro.» Así bendecían la gotera, y yo no sentía deseos de burlarme.

Y a la gente que pasaba al lado con sus negras, malparecidas chaquetas, y sus desdichados, monstruosos y brillantes sombreros, también la bendecían los mendigos. Uno de ellos dijo a uno de estos oscuros ciudadanos: «¡Oh tú, mellizo de la noche, con tus pintas de blanco en las muñecas y en el cuello como las desparramadas estrellas de la noche! ¡Qué espantosamente velas de negro tus ocultos, insospechados deseos! Hay en ti hondos pensamientos que no quieren alegrarse con el color, que dicen “no” al púrpura y “apártate” al verde adorable. Tú tienes salvajes impulsos que requieren ser domados con negro, y terribles imaginaciones que deben ser encubiertas de ese modo. ¿Tiene tu alma sueños de los ángeles y de los muros del palacio de las hadas, que has guardado tan secretamente por temor de que ofusquen a los

pasmados ojos? Así Dios oculta en lo profundo el diamante bajo millas de barro.
La maravilla de ti no es dañada por la alegría.
Mira que eres muy secreto.
Sé maravilloso. Vive lleno de misterio.»
Pasó silenciosamente el hombre de la blusa negra. Y yo vine a entender, cuando el purpúreo mendigo hubo hablado, que el negro ciudadano tal vez había traficado con la India, que en su corazón había extrañas y mudas ambiciones, que su mudez estaba fundada por solemne rito en las raíces de antigua tradición, que podía ser vencida un día por un rumor alegre de la calle o por alguien que cantase una canción, y que cuando este mercader hablara, podían abrírsele grietas al mundo y la gente atisbar por ellas al abismo.
Y entonces, volviéndose hacia Green Park, adonde aún no había llegado la primavera, extendieron los mendigos sus manos, y mirando a la helada hierba y a los árboles todavía sin brotes, cantando a coro, profetizaron los narcisos.
Un autobús bajaba por la calle pasando casi por encima de los perros que aún ladraban furiosamente. Bajaba sonando su bocina clamorosa.
Y la visión se desvaneció.

El bureau d'Échange de Maux

A menudo pienso en el *bureau d'Échange de Maux* y en el malvado viejo que había sentado en su interior. Estaba en un callejón que hay en París, con su portal formado por tres vigas de madera marrón, la de arriba apoyada sobre las otras como la letra griega «pi», y todo el resto pintado de verde; una casa muchísimo más baja y angosta que sus vecinas, e infinitamente más extraña; algo capaz de gustar a cualquiera. Y sobre el dintel, pintada con descoloridas letras amarillas en la viga vieja y oscura, se leía esta leyenda: *Bureau Universel d'Échange de Maux*.

Entré sin más y abordé al hombre indolente que ocupaba un taburete junto a su mostrador. Le pregunté el porqué de su casa prodigiosa, qué malvadas mercancías cambiaba, con muchas otras cosas que deseaba saber, llevado de mi curiosidad; de no ser por eso, desde luego, habría salido de allí inmediatamente, porque había un aire tan malévolo en aquel hombre seboso, en la manera de colgarle sus fláccidas mejillas y en sus ojos perversos, que uno diría que había tenido tratos con el infierno y había salido ganando por pura maldad.

Tal era mi anfitrión; pero sobre todo, su malignidad residía en sus ojos, los cuales tenía tan quietos, tan apáticos, que uno habría jurado que estaba drogado o muerto; como las lagartijas que permanecen inmóviles en un muro y salen disparadas de repente; y toda su astucia se inflamaba y se revelaba en lo que un momento antes sólo parecía un anciano soñoliento y de una maldad corriente. Y éste era el objeto y comercio del singular establecimiento

llamado *Bureau d'Échange de Maux*: pagabas veinte francos —que el viejo procedió a sacarme— por entrar en la oficina, y a continuación tenías derecho a cambiar un mal o una desdicha con cualquiera que cerrase el trato en el cuartucho del fondo de la oficina donde los clientes hacen firme la transacción. Al parecer, el hombre que había enajenado su cordura abandonaba la tienda de puntillas, con una expresión feliz y bobalicona en el semblante; en cambio el otro se iba meditabundo, con la mirada turbada y enormemente inquieta. Casi siempre parecía que trocaban males contrapuestos.

Pero lo que más perplejo me dejó en todas mis charlas con aquel hombre voluminoso, lo que aún me tiene perplejo, es que ninguno de los que hacían un trato en aquella oficina volvían por allí; un hombre podía ir día tras día durante semanas; pero una vez cerrado el trato, no volvía a aparecer; eso me contó el viejo, pero cuando le pregunté por qué, se limitó a murmurar que no lo sabía. Fue descubrir el porqué de este extraño fenómeno, y no otra cosa, lo que en definitiva me decidió a efectuar una transacción en el cuartucho del fondo de aquella misteriosa oficina.

Decidí cambiar un mal insignificante por otro igualmente leve, intentar conseguir para mí una ventaja tan pequeña que apenas representase un desafío al Destino; pues desconfiaba profundamente de estos negocios, sabedor de que el hombre jamás ha sacado provecho de lo maravilloso y de que cuanto más milagrosa parece su ganancia, más segura y firmemente lo atrapan los dioses o las brujas.

Unos días después iba a regresar a Inglaterra, y empezaba a temer que me mearía; decidí cambiar este temor al mareo —no el mal propiamente dicho, sino sólo el miedo a sufrirlo— por un pequeño mal adecuado. No sabía con quién haría el trato, quién era en realidad el jefe de la empresa (uno jamás se entera de eso cuando

compra), pero concluí que ninguno sacaría demasiado de tan pequeña transacción.
Le hablé al viejo de mi proyecto, y se burló de la insignificancia de mi mercancía, tratando de animarme a efectuar alguna operación más tenebrosa; pero no consiguió hacerme cambiar de idea. Y entonces me contó historias, con aire algo jactancioso, sobre los grandes negocios, los tremendos tratos que habían pasado por sus manos. Una vez había acudido allí un hombre para intentar cambiar su muerte: se había tragado un veneno por accidente, y sólo le quedaban doce horas de vida.

Aquel viejo siniestro logró complacerle. Tenía un cliente que deseaba cambiar ese género.
—Pero ¿qué dio a cambio de la muerte? —pregunté.
—La vida —dijo el viejo siniestro con una risita furtiva.
—Debió de ser una vida horrible —dije.
—Eso no era asunto mío —dijo el propietario, haciendo sonar perezosamente en su bolsillo, mientras hablaba, un puñado de monedas de veinte francos.
Extraños negocios observé en aquella oficina durante los días subsiguientes, el intercambio de singulares mercancías, y oí extraños murmullos en los rincones entre parejas que luego se levantaban y se dirigían al cuarto del fondo, seguidos del viejo para ratificar la transacción.
Dos veces al día, durante una semana, estuve pagando mis veinte francos, observando la vida con sus grandes necesidades y sus pequeñas necesidades, mañana y tarde desplegada ante mí en toda su prodigiosa variedad.

Y un día me entrevisté con un hombre agradable con sólo una pequeña necesidad, que parecía tener exactamente el mal que a mí me interesaba. Le daba siempre miedo que fuese a romperse el

ascensor. Yo tenía sobrados conocimientos de hidráulica para temer que sucediera una cosa tan tonta como ésa, pero no era asunto mío curarle de tan ridículo temor. Bastaron muy pocas palabras para convencerle de que el mío era el mal que le convenía, ya que jamás cruzaba el mar, y yo, por mi parte, podía subir siempre las escaleras andando; y también me sentí convencido en ese momento, como debe ocurrirles a muchos en dicha oficina, de que jamás llegaría a turbarme tan absurdo miedo. Sin embargo, a veces es casi la maldición de mi vida. Después de firmar los dos el pergamino en el cuarto telarañoso del fondo, y de rubricarlo y ratificarlo el viejo (para lo que tuvimos que pagarle cincuenta francos cada uno), regresé a mi hotel; y allí, en la planta baja, vi el mortal artefacto. Me preguntaron si quería subir en ascensor; llevado por la fuerza de la costumbre me arriesgué, y contuve el aliento durante todo el trayecto, fuertemente agarrado con ambas manos. Nada me inducirá a intentar semejante viaje otra vez. Antes subiría a mi habitación en globo. ¿Y por qué? Pues porque si un globo se estropea, aún tienes una posibilidad: puedes abrir un paracaídas si revienta; pero si el ascensor se desprende, se acabó. En cuanto al mareo, jamás volveré a marearme; no sé decir por qué, pero sé que es así.

Y en cuanto a la oficina en la que hice este extraordinario negocio, la oficina a la que nadie vuelve después de efectuado un trato, bueno, decidí visitarla al día siguiente. Con los ojos vendados podía encontrar el camino hasta el anticuado barrio del que parte una calle sórdida, al final de la cual tomas la calleja de la que sale el callejón sin salida donde se encontraba el extraño establecimiento. Pegada a él hay una tienda con columnas estriadas pintadas de rojo; su otra vecina es una modesta joyería que exhibe pequeños broches de plata en el escaparate.

En tan incongruente compañía se hallaba la oficina, con sus vigas, y sus paredes pintadas de verde.

Media hora después me encontraba en el callejón que había visitado dos veces al día durante la última semana. Encontré la tienda de las feas columnas y la joyería que vendía broches; pero la casa verde de las tres vigas había desaparecido.

La derribaron, diréis, aunque en una sola noche. Esa no puede ser la solución del misterio, porque la casa de las columnas pintadas sobre yeso, y la humilde joyería de los broches de plata (todos los cuales podría identificar, uno por uno), eran paredañas una con otra.

Una noche en una taberna

Dramatis Personae:

Jacobo Smith Sniggers.
A. E. Scott Fortescue *el Niño*: un caballero en decadencia.
Guillermo Jones *Bill, Alberto* Thomas, 3 sacerdotes de Klesh, Klesh (Marineros)

(Sniggers y Bill hablan; el Niño lee un diario; Alberto está sentado más lejos)

Sniggers.—Yo me pregunto ¿qué se propone?
Bill.—No sé.
Sniggers.—Y ¿por cuánto tiempo más nos tendrá aquí?
Bill.—Ya van tres días.
Sniggers.—Y no hemos visto un alma.
Bill.—Y nos costó unos buenos pesos de alquiler.
Sniggers.—¿Hasta cuándo alquiló la taberna?
Bill.—Con él nunca se sabe.
Sniggers.—Esto es bastante solitario.
Bill.—Niño, ¿hasta cuándo alquiló la taberna?

(El Niño sigue leyendo un diario de carreras; no hace caso de lo que dicen).

Sniggers.—También es un Niño...
Bill.—Pero es vivo, no hay duda.
Sniggers.—Estos vivos son mandados a hacer para causar desastres. Sus planes son muy buenos, pero no trabajan y las cosas les salen peor que a ti y a mí.
Bill.—¡Ah!
Sniggers.—No me gusta este lugar.
Bill.—¿Por qué?
Sniggers.—No me gusta su aspecto.
Bill.—Nos tiene aquí para que esos negros no nos encuentren. Los tres sacerdotes que nos buscaban. Pero queremos irnos y vender el rubí.
Alberto.—Pero no hay razón.
Bill.—¿Por qué, Alberto?
Alberto.—Porque les di el esquinazo, a esos demonios, en Hull.
Bill.—¿Les diste el esquinazo, Alberto?
Alberto.—A los tres, a los individuos con las manchas de oro en la frente. Tenía entonces el rubí y les di el esquinazo, en Hull.
Bill.—¿Cómo hiciste Alberto?
Alberto.—Tenía el rubí y me estaban siguiendo.
Bill.—¿Quién les dijo que tenías el rubí? ¿No se lo mostraste?
Alberto.—No, pero ellos lo sabían.
Sniggers.—¿Lo sabían, Alberto?
Alberto.—Sí, saben si uno lo tiene. Bueno, me persiguieron y se lo conté a un vigilante y me dijo que eran tres pobres negros y que no me harían nada. ¡Cuando pienso lo qué le hicieron en Malta al pobre Jim!
Bill.—Sí, y a Jorge en Bombay, antes de embarcarnos; ¿por qué no los hiciste detener?
Alberto.—Te olvidas del rubí.
Bill.—¡Ah!

Alberto.—Bueno, hice algo mejor todavía. Me camino Hull de una punta a otra. Camino bastante despacio. De pronto, doy vuelta en una esquina y corro. No paso una esquina sin dar vuelta; aunque de vez en cuando dejo una, para engañarlos. Disparo como una liebre, después me siento y espero. No los vi más.
Sniggers.—¿Cómo?
Alberto.—No hubo más demonios negros con manchas doradas en la cara. Les di el esquinazo.
Bill.—Bien hecho, Alberto.
Sniggers (después de mirarlo con satisfacción).—¿Por qué no nos contaste?
Alberto.—Porque no lo dejan a uno hablar. Tiene sus planes y cree que somos tontos. Las cosas deben hacerse como él quiere. Sin embargo, les di el esquinazo. A lo mejor le hubieran metido un cuchillo, hace tiempo, pero yo les di esquinazo.
Bill.—Bien hecho, Alberto.
Sniggers.—¿Oyó eso, Niño? Alberto les dio el esquinazo.
El Niño.—Sí, oigo.
Sniggers.—¿Y qué opina?
El Niño.—¡Oh! Bien hecho, Alberto.
Alberto.—¿Y qué va a hacer?
El Niño.—Esperar.
Alberto.—Ni él sabe lo que espera.
Sniggers.—Es un lugar horrible.
Alberto.—Esto se está poniendo aburrido, Bill. La plata se nos acaba y queremos vender el rubí. Vayamos a una ciudad.
Bill.—Pero él no querrá venir.
Alberto.—Entonces, que se quede.
Sniggers.—Nos irá bien, si no nos acercamos a Hull.
Alberto.—Iremos a Londres.
Bill.—Pero tiene que recibir su parte.

Sniggers.—Muy bien. Pero tenemos que irnos. *(Al Niño).* Nos vamos. ¿Me oye?
El Niño.—Aquí lo tienen.

(Saca un rubí del bolsillo del chaleco y se lo entrega; es del tamaño de un huevo chico de gallina. Sigue leyendo el diario).

Alberto.—Adiós, viejo. Le daremos su parte, pero no hay nada que hacer aquí, no hay mujeres, no hay bailes y tenemos que vender el rubí.
El Niño.—No soy tonto, Bill.
Bill.—No, es claro que no. Y nos ha ayudado mucho. Adiós. Díganos adiós.
El Niño.—Pero, sí. Adiós.

(Sigue leyendo el diario. Sale Bill. El Niño pone un revólver sobre la mesa y sigue con el diario).

Sniggers (sin aliento).—Hemos vuelto, Niño.
El Niño.—Así es.
Alberto.—Niño, ¿cómo han llegado hasta aquí?
El Niño.—Caminando, naturalmente.
Alberto.—Pero hay ochenta millas.
Sniggers.—¿Sabía que estaban aquí, Niño?
El Niño.—Estaba esperándolos.
Alberto.—¡Ochenta millas!
Bill.—Viejo, ¿qué haremos?
El Niño.—Pregúntaselo a Alberto.

Bill.—Si pueden hacer cosas como esta, nadie nos puede salvar, sino usted, Niño. Siempre dije que era un vivo. No volveremos a ser tontos. Lo obedeceremos, Niño.

El Niño.—Ustedes son bastante valientes y bastante fuertes. No hay muchos capaces de robar un ojo de rubí de la cabeza de un ídolo, y un ídolo como ése, y en esa noche. Eres bastante valiente, Bill. Pero los tres son tontos. Jim no quería oír mis planes. ¿Dónde está Jim? Y a Jorge, ¿qué le hicieron?

Sniggers.—Basta, Niño.

El Niño.—Bueno, la fuerza no les sirve. Necesitan inteligencia; si no acabarán con ustedes como acabaron con Jorge y con Jim.

Todos.—¡Uy!

El Niño.—Esos sacerdotes negros nos van a seguir alrededor del mundo, en círculos. Año tras año, hasta que tengan el ojo de su ídolo. Si morimos van a perseguir a nuestros nietos. Ese zonzo cree que puede salvarse de hombres así, doblando un par de esquinas en Hull.

Alberto.—Usted tampoco se ha escapado de ellos, pues aquí están.

El Niño.—Así lo esperaba.

Alberto.—¿Lo esperaba?

El Niño.—Sí, aunque no está anunciado en las notas sociales. Pero he alquilado esta quinta especialmente para recibirlos. Hay bastante sitio, si uno cava; está agradablemente situada, y, lo que es más importante, está en un barrio muy tranquilo. Entonces, para ellos estoy en casa esta tarde.

Bill.—Usted es astuto.

El Niño.—Recuerden que está solamente mi ingenio, entre ustedes y la muerte; no quieran oponer sus planes a los de un caballero.

Alberto.—Si es un caballero, ¿por qué no anda entre caballeros y no con nosotros?

El Niño.—Porque fui demasiado inteligente para ellos, como soy demasiado inteligente para ustedes.
Alberto.—¿Demasiado inteligente para ellos?
El Niño.—Nunca perdí un partido de naipes, en mi vida.
Bill.—¡Nunca perdió un partido!
El Niño.—Cuando era por plata.
Bill.—Bueno, bueno.
El Niño.—¿Jugamos un partido de poker?
Todos.—No, gracias.
El Niño.—Entonces hagan lo que se les manda.
Bill.—Está bien, Niño.
Sniggers.—Acabo de ver algo. ¿No será mejor correr las cortinas?
El Niño.—No.
Sniggers.—¿Qué?
El Niño.—No corras las cortinas.
Sniggers.—Bueno, muy bien.
Bill.—Pero, Niño, pueden vernos. No se le debe permitir eso al enemigo. No veo por qué...
El Niño.—No, claro que no.
Bill.—Bueno, está bien, Niño.

(Todos empiezan a sacar revólveres).

El Niño (guardando el suyo).—Nada de revólveres, por favor.
Alberto.—¿Por qué no?
El Niño.—Porque no quiero ruido en mi fiesta. Podrían entrar comensales que no han sido invitados. Los cuchillos son otra cosa.

(Todos sacan sus cuchillos. El Niño les hace un signo para que no los saquen todavía; ya ha retomado el rubí).

Bill.—Me parece que vienen, Niño.
El Niño.—Todavía no.
Alberto.—¿Cuándo vendrán?
El Niño.—Cuando esté listo para recibirlos; no antes.
Sniggers.—Me gustaría que esto se acabara de una vez.
El Niño.—¿Te gustaría? Bueno, los tendremos ahora.
Sniggers.—¿Ahora?
El Niño.—Sí, escúchenme. Hagan lo que me vean hacer. Finjan todos salir. Les voy a mostrar cómo. Yo tengo el rubí. Cuando me vean solo, vendrán a buscar el ojo de su ídolo.
Bill.—¿Cómo van a saber quién lo tiene?
El Niño.—Confieso que no me doy cuenta, pero lo saben.
Sniggers.—¿Qué va a hacer cuando entren?
El Niño.—Nada, nada.
Sniggers.—¿Cómo?
El Niño.—Se acercarán despacio y de golpe, me atacarán por la espalda. Entonces mis amigos Sniggers, Bill y Alberto, que les dieron el esquinazo, harán lo que puedan.
Bill.—Muy bien, Niño. Confíe en nosotros.
El Niño.—Si tardan un poco, verán representarse el animado espectáculo que acompañó la muerte de Jim.
Sniggers.—No, Niño. Nos portaremos.
El Niño.—Muy bien. Ahora, obsérvenme.

(Va a la puerta de la derecha, pasando frente a la ventana. La abre hacia adentro; guarecido por la puerta abierta, se deja caer de rodillas y la cierra para hacer creer que ha salido. Hace una seña a los demás, que la entienden. Simulan entrar del mismo modo).

El Niño.—Ahora voy a sentarme de espaldas a la puerta. Vayan saliendo uno por uno. Agáchense bien. No tienen que verlos por la ventana.

(Bill efectúa su simulacro de salida).

El Niño.—Recuerden, no quiero revólveres. La policía tiene fama de curiosa.

(Los otros dos siguen a Bill. Los tres están agachados detrás de la puerta de la derecha. El Niño pone el rubí sobre la mesa y enciende un cigarrillo. La puerta de atrás se abre tan suavemente que es imposible decir cuándo ha empezado el movimiento. El Niño toma el diario. Un hindú se desliza con lentitud, tratando de ocultarse detrás de las sillas. Se mueve hacia la izquierda del Niño. Los marineros están a su derecha. Sniggers y Alberto se inclinan hacia adelante. El brazo de Bill los retiene. El sacerdote se acerca al Niño. Bill mira si no entra ningún otro. Salta descalzo y acuchilla al sacerdote. El sacerdote quiere gritar pero la mano izquierda de Bill le aprieta la boca. El Niño sigue leyendo el diario. No se da vuelta).

Bill (sotto voce).—Hay uno solo, Niño. ¿Qué hacemos?
El Niño (sin mover la cabeza).—¿Uno sólo?
Bill.—Sí.
El Niño.—Un momento. Déjenme pensar. *(Todavía leyendo el diario).* Ah, sí. Retrocede, Bill. Debemos atraer a otro huésped. ¿Estás listo?
Bill.—Sí.

El Niño.—Muy bien. Verán ahora mi muerte en mi residencia de Yorkshire. Ustedes tendrán que recibir en mi nombre las visitas. *(Salta frente a la ventana. Agita los brazos y cae cerca del sacerdote muerto).* Estoy listo.

(Sus ojos se cierran. Una larga pausa. De nuevo la puerta se abre muy despacio. Otro sacerdote se desliza dentro del cuarto. Tiene tres manchas de oro en la frente. Mira alrededor, se desliza hasta donde está su compañero, lo da vuelta y le revisa las manos cerradas. Se acerca al Niño. Bill se le echa encima y lo acuchilla. Con la mano izquierda le tapa la boca).

Bill (sotto voce).—Tenemos dos, solamente, Niño.
El Niño.—Nos falta uno.
Bill.—¿Qué haremos?
El Niño (sentándose).—¡Hum!
Bill.—Este es, lejos, el mejor sistema.
El Niño.—Ni pensarlo. No hagas dos veces el mismo juego.
Bill.—¿Por qué, Niño?
El Niño.—No da resultado.
Bill.—¿Cuándo?
El Niño.—Ya está, Alberto. Ahora va a entrar. Ya te enseñé cómo había que hacerlo.
Alberto.—Sí.
El Niño.—Corre hasta aquí y pelea contra estos dos hombres en la ventana.
Alberto.—Pero si están...
El Niño.—Sí, están muertos, mi perspicaz Alberto. Pero Bill y yo vamos a resucitarlos.

(Bill recoge a un muerto).

El Niño.—Está bien, Bill. *(Hace lo mismo).* Sniggers, ven a ayudarnos *(Sniggers se acerca).* Quédense agachados, bien agachados; que Sniggers les mueva los brazos. No te dejes ver. Ahora, Alberto, al suelo. A nuestro Alberto lo han matado. Atrás, Bill. Atrás, Sniggers. Quieto, Alberto. No te muevas, cuando entre. Ni un músculo.

(Aparece una cara en la ventana, y se queda un rato. La puerta se abre y entra el tercer sacerdote mirando cautelosamente alrededor. Mira los cuerpos de sus compañeros y se da vuelta. Sospecha algo. Recoge uno de los cuchillos y con un cuchillo en cada mano hace espalda a la pared. Mira a izquierda y derecha).

El Niño.—Vamos, Bill.

(El sacerdote corre hacia la puerta. El Niño acuchilla por la espalda al último sacerdote).

El Niño.—Una buena jornada, amigos míos.
Bill.—Bien hecho. Usted es un genio.
Alberto.—Un genio si los hay.
Sniggers.—¿No quedan más negros, Bill?
El Niño.—Ya no hay más en el mundo.
Bill.—Estos son todos. Sólo había tres en el templo. Tres sacerdotes y su ídolo inmundo.
Alberto.—¿Cuánto valdrá, Niño? ¿Mil libras esterlinas?
El Niño.—Vale todo el dinero que hay. Vale cuanto queramos pedir. Podemos pedir lo que queramos, por él.

Alberto.—Entonces somos millonarios.
El Niño.—Sí, y lo que es mejor, ya no tenemos herederos.
Bill.—Ahora tendremos que venderlo.
Alberto.—No será tan fácil. Es una lástima que sea tan grande y que no tengamos media docena. ¿No tenía otros, el ídolo?
Bill.—No. Era todo de jade verde, y tenía este único ojo. Lo tenía en el medio de la frente y era el espectáculo más horroroso.
Sniggers.—Debemos estar muy agradecidos al Niño.
Bill.—Claro que sí.
Alberto.—Si no hubiera sido por él...
Bill.—Claro, si no hubiera sido por el Niño.
Sniggers.—Es muy vivo.
El Niño.—Yo tengo el don de adivinar las cosas.
Sniggers.—Ya lo creo.
Bill.—Creo que no puede suceder nada que el Niño no adivine. ¿No es verdad, Niño?
El Niño.—Sí, a mí también me parece difícil.
Bill.—Para el Niño la vida es como un partido de naipes.
El Niño.—Bueno, a este partido lo hemos ganado.
Sniggers (mirando por la ventana).—No convendría que nos vieran.
El Niño.—No hay peligro. Estamos solos en el páramo.
Bill.—¿Dónde los metemos?
El Niño.—Entiérrenlos en la bodega; pero no hay apuro.
Bill.—¿Y después, Niño?
El Niño.—Después iremos a Londres y trastornaremos el mercado de rubíes. Esto nos ha salido muy bien.
Bill.—Lo primero que debemos hacer es ofrecerle un banquete al Niño. A los tipos, los enterraremos esta noche.
Alberto.—De acuerdo.
Sniggers.—Muy bien.
Bill.—Y todos beberemos a su salud.

Alberto.—¡Viva el Niño!
Sniggers.—Debería ser general o primer ministro.

(Sacan botellas del aparador, etc.).

El Niño.—Bueno, nos hemos ganado la comida.
Bill (vaso en mano).—A la salud del Niño, que adivinó todo.
Alberto y Sniggers.—¡Viva el Niño!
Bill.—El Niño que nos salvó la vida y nos hizo ricos.
Alberto y Sniggers.—Bravo, bravo.
El Niño.—Y a la salud de Bill, que me salvó dos veces esta noche.
Bill.—Pude hacerlo por tu viveza, Niño.
Sniggers.—Bravo, bravo, bravo.
Alberto.—Adivina todo.
Bill.—Un discurso, Niño. Un discurso de nuestro general.
Todos.—Sí, un discurso.
Sniggers.—Un discurso.
El Niño.—Bueno, tráiganme un poco de agua. Este whisky se me va a la cabeza y tengo que mantenerla clara, hasta que nuestros amigos estén guardados en el sótano.
Bill.—Agua. Claro que sí. Tráele un poco de agua, Sniggers.
Sniggers.—Aquí no usamos agua. ¿Dónde habrá?
Bill.—En el jardín.

(Sale Sniggers).

Alberto.—Brindo por nuestra buena suerte.

(Todos beben).

Bill.—Brindo por el señor don Alberto Thomas.

(Bebe).

El Niño.—Por el señor don Alberto Thomas.
Alberto.—Por el señor don Guillermo Jones.
El Niño.—Por el señor don Guillermo Jones.

(El Niño y Alberto beben. Entra Sniggers, aterrado).

El Niño.—Aquí está de vuelta el señor don Jacobo Smith, Juez de la Paz, alias Sniggers.
Sniggers.—Estuve pensando en lo que me toca por el rubí. No lo quiero, no lo quiero.
El Niño.—¡Qué absurdo, Sniggers, qué absurdo!
Sniggers.—Usted lo tendrá, Niño, lo tendrá; pero diga que a Sniggers no le toca nada por el rubí. Dígalo, Niño, dígalo.
Bill.—¿Vas a dedicarte a la delación, Sniggers?
Sniggers.—No, no. Pero no quiero el rubí, Niño...
El Niño.—Basta de disparates, Sniggers. Todos estamos metidos en este asunto. Si ahorcan a uno, ahorcan a todos. Pero a mí no van a embromarme. Además, no es cuestión de horca: ellos tenían cuchillos.
Sniggers.—Niño, Niño, siempre me porté bien con usted, Niño. Yo siempre he dicho: Nadie como el Niño. Pero que me dejen devolver mi parte, Niño.
El Niño.—¿Qué andas buscando? ¿Qué sucede?
Sniggers.—Acéptala, Niño.
El Niño.—Contéstame, ¿qué andas tramando?
Sniggers.—Yo no quiero mi parte.
Bill.—¿Has visto a la policía?

(Alberto saca el cuchillo).

El Niño.—No, cuchillos no, Alberto.
Alberto.—Entonces, ¿qué?
El Niño.—La pura verdad en el tribunal, sin contar el rubí. Nos agredieron.
Sniggers.—No se trata de policía.
El Niño.—¿Entonces, qué es?
Bill.—Que hable, que hable.
Sniggers.—Juro por Dios...
Alberto.—¿Y?
El Niño.—No interrumpas.
Sniggers.—Juro que he visto algo que no me gusta.
El Niño.—¿Qué no te gusta?
Sniggers (llorando).—¡Oh, Niño, Niño. Acepte mi parte! ¡Diga que la acepta!
El Niño.—¿Qué habrá visto?

(Silencio sólo interrumpido por los sollozos de Sniggers. Se oyen pasos de piedra. Entra un ídolo atroz. Está ciego. Se dirige a tientas hacia el rubí. Lo recoge y se lo atornilla en la frente. Sniggers sigue llorando. Los otros miran horrorizados. El ídolo sale con aplomo: Ahora ve. Sus pasos se alejan y luego se detienen).

El Niño.—Dios mío.
Alberto (con voz infantil y quejosa).—¿Qué es eso, Niño?
Bill.—Es el horrible ídolo que ha venido de la India.
Alberto.—Se ha ido.
Bill.—Se ha llevado el ojo.
Sniggers.—Estamos salvados.
Una voz (afuera con acento extranjero).—Señor don Guillermo Jones, marinero.

(El Niño, inmóvil y mudo, mira estúpidamente, con horror).

Bill.—Alberto, ¿qué es esto?

(Se Levanta y sale. Se oye un quejido. Sniggers mira por la ventana. Retrocede, deshecho).

Alberto (murmura).—¿Qué ha sucedido?
Sniggers.—Lo he visto. Lo he visto.

(Vuelve a la mesa).

El Niño (tomando suavemente el brazo de Sniggers).—¿Qué era, Sniggers?
Sniggers.—Lo he visto.
Alberto.—¿Qué?
Sniggers.—¡Ah!
La voz.—Señor don Alberto Thomas, marinero.
Alberto.—¿Debo salir, Niño, debo salir?
Sniggers (agarrándolo).—No te muevas.
Alberto (saliendo).—Niño, Niño.

(Sale).

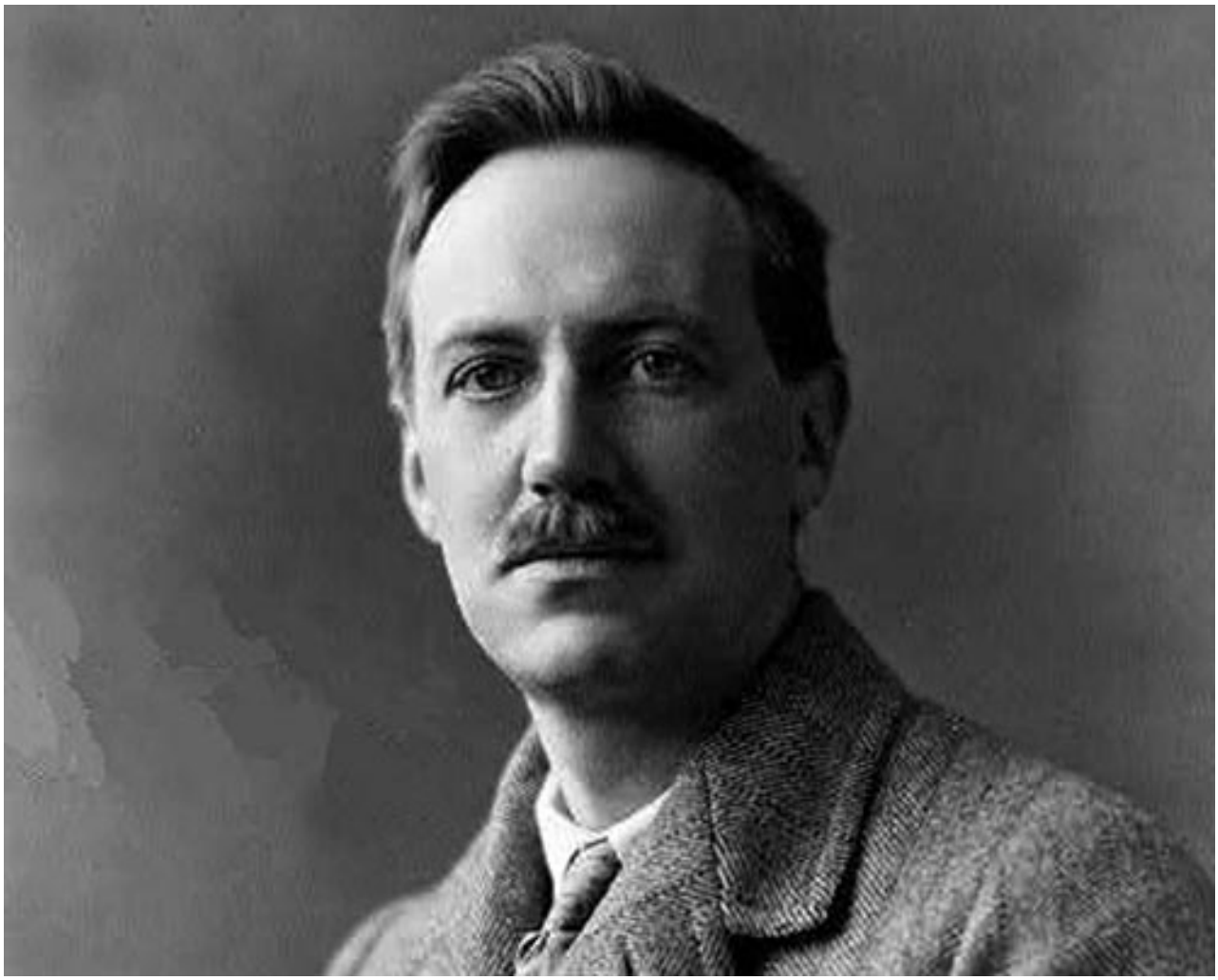
La voz.—El señor don Jacobo Smith, marinero.
Sniggers.—No puedo salir, Niño, no puedo, no puedo.

(Sale).

La voz.—El señor Arnold Everett Scott-Fortescue, marinero.
El Niño.—Esto no lo previ.

(Sale).

TELÓN



LORD DUNSANY es el seudónimo bajo el que escribe Edward John Moreton Drax Plunkett, nació el 24 de julio de 1878 en Londres y murió el 25 de octubre de 1957 en Dublín.

@Created by PDF to ePub